LA DUDA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMPARO (20 años)...............	SRA. GUERRERO.
ÁNGELES (36 íd.)..............	SRTA. CANCIO.
LEOCADIA (50 íd.)...............	SRA. GUILLÉN.
RICARDO (32 íd.),..............	SR. DÍAZ DE MENDOZA.
CARMEN (18 íd.)................	SRA. RUBIO.
DON BRAULIO..	SR. CARSÍ.
DON LEANDRO.................	CIRERA.
DOÑA ANDREA...............	SRTA. SORIANO.
UN CRIADO........	SR. MONTENEGRO.
UNA DONCELLA..........	SRA. GIL.

LA DUDA

DRAMA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSE ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche
del 11 de Febrero de 1898

TERCERA EDICION

MADRID
TIPOGRAFÍA YAGÜES
DOCTOR FOURQUET, 4
1922

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante y de lujo. Puerta en el fondo, que da á un jardín. Puertas laterales.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

LEOCADIA, unos cincuenta años; traje obscuro; pálida, triste, dulzura siniestra. Da vueltas por la sala con la suavidad del reptil; mira por el fondo; movimientos, que no puede dominar, de recelo

Es ya tarde: pasa la hora: hoy también sin carta. Baltasar es siempre el mismo. En América, como en España, un pobre hombre. A veces parece una fiera; otras veces tiene la mansedumbre de un bendito. Desconfiado hoy, como debe serlo toda persona prudente, y mañana creyendo que todo son *ángeles;* su esposa *Ángeles* inclusive. Puede ser que lo sea: yo nada digo. Doy aviso cuando tengo dudas, y nada más. Por lo visto mis últimas cartas le cogieron en pleno período de credulidad. (*Sonriendo.*) Y no contesta, no contesta. Pues como tarde mucho se hace la boda... (*Pausa.*) ¡Ah, esa boda! ¡Esa boda maldita! ¡Si yo pudiera

sujetar con mis manos el brazo del sacerdote, ya podían esperar los novios la bendición! ¿Qué falta hace que bajen bendiciones sobre nadie? ¿Alguien las merece? ¡Que me las pidan a mí! ¡Ya, ya bendeciría yo!... ¡Sí bendeciría, sí; pero solo a un ser sobre la tierra! ¡A mi hija!... ¡A mi Lola!... ¡Ay, Dios mío, que ella no las necesita!... (*Transición.*) Tampoco, tampoco tengo carta suya. Hace ocho días que no me escribe. ¿Estará enferma?... No, no puede ser: ya me hubiera avisado la abadesa. Porque la madre abadesa la quiere mucho. ¡Todo el mundo la quiere mucho! ¡Todo el mundo!... Todo el mundo, menos quien más debía quererla. Sí, señor; sí, señor... debía... debía quererla. Ella le quiere y él debe saberlo... Pues entonces... ¡Ay mi Lola!... ¡Ah!... ¡Si yo fuera Dios!... ¡Si tuviese en mi poder un mar muy grande de lágrimas, ¡con qué gusto se lo echaría encima a Amparo y a Ricardo, para que se ahogaran en él! ¡Ya tenéis boda alegre y lecho nupcial, y lazo eterno y lágrimas que no se acaben, como no se acaban las de mi hija! (*Se retuerce las manos crispadas. Pausa. Da unos pasos y toca un timbre.*)

ESCENA II

LEOCADIA y una DONCELLA

DONCELLA. ¿Qué manda usted, doña Leocadia?
LEOCADIA. ¿Han traído las cartas?
DONCELLA. No, señora. Todavía es temprano.

LEOCADIA. (*Con mal humor.*) Para lo que debe ser... nunca es temprano.

DONCELLA. Pues no han venido.

LEOCADIA. ¿Dónde está Ángeles?... Quiero decir, la señora.

DONCELLA. Salió hace mucho.

LEOCADIA. ¿Sola?

DONCELLA. No, señora. Salió con el señorito Ricardo.

LEOCADIA. ¡Ah... ya! Salieron los dos juntos. Bueno.

DONCELLA. Digo yo que irían de compras.

LEOCADIA. Ya... ya... para los regalos de boda: justo: es muy justo.

DONCELLA. Se fueron los dos solos en el coche.

LEOCADIA. ¿Solos y en coche? Es natural. ¿Y la señorita Amparo, por dónde anda?

DONCELLA. Está en el jardín, con la señorita Carmen. Y están muy alegres. ¡Lo que ellas corren y lo que ellas ríen!... ¡Parecen dos niñas!

LEOCADIA. ¡Muy alegres! ¿Está muy alegre Amparo?

DONCELLA. Muchísimo: como nunca. Ya ve usted, es natural.

LEOCADIA. Es natural: mejor es así.

DONCELLA. Es lo que yo digo: si una jovencita en días de boda no está alegre, ¿para cuándo deja la alegría? Además, la alegría se ha hecho para las jóvenes.

LEOCADIA. No para todas. Vete.

DONCELLA. Aquí vienen.

LEOCADIA. Vete.

ESCENA III

LEOCADIA, AMPARO, CARMEN. Entran alegremente

AMPARO. ¿Lo ves?... ¡¿Lo ves?... No han venido todavía. Nadie... Nadie...

LEOCADIA. Estoy yo.

AMPARO. Ya lo veo, tiíta; pero con usted no se cuenta.

LEOCADIA. Haces mal, sobrinita, si no cuentas conmigo. (*Con tono sombrío, que en vano procura disimular.*)

AMPARO. No se enfade. Con usted cuento siempre. Es que Carmen se empeñó en que habían venido su padre y su... (*Se detiene.*)

CARMEN. Y mi madre. ¡Es tan buena, que como a madre la quiero! A mi madre no la conocí.

AMPARO. ¡Y tan joven, tan guapa! Parece tu hermana. Pues yo le dije a Carmen que no, que no habían venido... y acerté.

CARMEN. ¡Es verdad, acertaste! Ya le saludé a usted antes, doña Leocadia.

LEOCADIA. Sí, ya me saludaste. Y de todas maneras, ¿qué más da? Ni de mí ni de mi hija debe hacer caso nadie.

AMPARO. ¡Por Dios, no diga usted eso!

CARMEN. No, eso no... (*Se acercan las dos cariñosas.*)

AMPARO. Ya lo sabe usted que todos la queremos mucho. ¿No es usted mi tiíta?

CARMEN. Eso es.

LEOCADIA. Un parentesco tan lejano... tan lejano... con tu padre... no digo... con tu madre, ninguno. (*A Amparo.*)

AMPARO. ¡Y qué importa! A las personas se las quiere

porque se las quiere. Yo no tengo parentesco con... (*Se detiene avergonzada.*)

LEOCADIA. ¿Con quién?

AMPARO. Con nadie; iba a decir una tontería.

CARMEN. Pues yo sé lo que ibas a decir. (*Con malicia.*)

AMPARO. ¡No lo sabes, no lo sabes!

CARMEN. Ibas a decir: «Yo no tengo parentesco con Ricardo, y le quiero con toda mi alma.»

AMPARO. ¡Quieres callarte! ¡A ver, charlatana!

CARMEN. Pero acércate... Di la verdad... la verdad... ¿Acerté?

AMPARO. No acertaste; no, señora; no acertaste... maliciosa.

CARMEN. Que sí... que sí...

AMPARO. Que no, que no.

CARMEN. Pues ¿por qué te has puesto encarnada?

AMPARO. Yo no estoy encarnada.

CARMEN. Mírela usted, doña Leocadia. ¡A ver si no tiene la cara como una rosa!

AMPARO. Más encarnada estás tú.

CARMEN. Que lo diga doña Leocadia.

AMPARO. Ríñala usted, doña Leocadia.

CARMEN. Pero si pensabas en él...

AMPARO. Que te calles... que te calles...

CARMEN. Quiero decirlo...

AMPARO. ¡Pues te tapo la boca! (*Se abrazan, jugando y riendo.*)

CARMEN. (*A Leocadia.*) Me ha dicho al oído Amparo, que le quiere a usted mucho... y que quiere mucho a Lola... a su hija de usted.

LEOCADIA. ¡Si no la conoce, cómo ha de quererla!

AMPARO. Pues la quiero... Ahí tiene usted. Qué remedio; la quiero. Dicen que es muy buena.

LEOCADIA. Mucho.

AMPARO. Y muy linda.

LEOCADIA. Más linda... sí, muy linda. ¡Pobre Lola!

AMPARO. ¡Pobrecilla!... Quiere ser monja... ¿sabes tú? (*A Carmen.*) ¡Qué idea! ¡No... Jesús! ¡Qué cosas digo! ¡Una idea muy santa!... Claro... es mejor que nosotras. ¡Pero es una lástima!

LEOCADIA. ¡Una lástima!

AMPARO. Para usted sobre todo. ¡Ah!, es una pena muy grande para usted. No verla nunca: ya ni besos, ni abrazos, ni cuidados, ni alegrías. Usted aquí, con todos nosotros sintiendo la vida: la pobre niña allá, en una celda, solita, rezando como si cada hora fuese la hora de la muerte. Para ella es una cosa muy santa; para usted una cosa muy triste.

LEOCADIA. Es verdad. (*Llorando.*)

AMPARO. ¡Ay, pobre tiíta! ¡Qué cosas digo! ¡Qué imprudente soy! Hablo y hablo sin pensar. ¡Perdóneme usted! (*Acercándose cariñosa para consolarla.*)

LEOCADIA. Déjame. (*Con desabrimiento. Se va hacia el fondo.*)

AMPARO. ¡Pero ves tú, Carmen, qué inconsiderada soy y qué torpe!

CARMEN. Pero no lo has hecho con mala intención..

AMPARO. Eso no. Claro está. Me daba lástima de Leocadia y me daba lástima de Lola... pero ha sido una crueldad.

CARMEN. ¿Y es cierto que conoces a Lola?

AMPARO. No la conozco. Verás. (*Como preparándose a contar algo. La lleva a un sofá y se sientan juntas. En el fondo, mirando al jardín y a ve-*

ces a las jóvenes, Leocadia.) Yo tenía doce años, ¡ya ves si hace tiempo!, cuando papá tuvo que ir a Chile para unos asuntos de mucho interés, ¡cosas de dinero!, ¿sabes?

CARMEN. Sí... como en casa: cuando dicen cosas de interés, son cosas de dinero.

AMPARO. Bueno. Pues papá quería llevarnos consigo a mamá y a mí; pero no pudo ser, porque el abuelito estaba muy malo, muy malo, y mamá no podía abandonarle. De modo que nos fuimos papá y yo.

CARMEN. ¡Cómo lo sentiría tu madre!

AMPARO. Mucho, hija, mucho. Todas las cartas que me escribía estaban llenas de redondeles arrugaditos, como si hubiesen caído gotas de lágrimas.

CARMEN. Yo los hubiera besado.

AMPARO. Y yo también los besé. ¡Pues no faltaba más!

CARMEN. Y hubiera guardado las cartas.

AMPARO. Guardaditas las tengo.

CARMEN. Sigue.

AMPARO. Oye. Que el abuelito se pone mejor, que casi se pone bueno, que vuelve a recaer, que vuelve a mejorar. Vamos, te digo que la vida de los viejos parece que va por la cuerda floja: «que me caigo, que no me caigo». Al fin, ¡pobre abuelito! ¡Se murió! Y entonces mamá pensó venir con nosotros, pero también cayó enferma, muy enferma; luego mejoró; ¡pero qué convalecencia tan larga! Y con unas cosas y otras habían pasado cinco años. Mira: yo digo que las personas que se quieren no deben separarse, porque como se separen, ¡Dios sabe cuándo se juntarán!

CARMEN. Dices bien. Ya lo creo. Siempre juntitos.

AMPARO. ¡Qué días pasé desde que supe que mamá estaba enferma, y eso que el pobre Ricardo nos escribía todos los correos! ¡Ah! Ricardo no se separó un momento de mamá. (*Leocadia se ha ido acercando algo y ríe fuerte al oír las últimas frases. Volviéndose.*) ¿Qué es eso? ¿Es que llora?

CARMBN. Puede ser.

AMPARO. No llore usted, tiíta. (*Acercándose.*)

LEOCADIA. (*Rechazándola.*) No lloro, no; me toca reír. Sigue... sigue contando tu historia. Te digo que me dejes.

AMPARO. Bueno. Bien está. (No me quiere. Yo no sé por qué, pero no me quiere.) (*A Carmen.*)

CARMEN. (No digas eso, mujer.)

AMPARO. (Pues yo no le hice nada malo.) (*Se queda triste y pensativa.*)

CARMEN. ¿No acabas tu historia?

AMPARO. ¡Ah!... Sí. Al fin, mamá, se puso buena y vino con nosotros. Yo había estado más de seis años separada de mamá. Así es que al principio me sentía... muy alegre, sí, pero, vamos, no tenía confianza... ¡Ni me atrevía a desobedecerla! (*Riendo.*)

CARMEN. ¡Pero hoy ya la desobedecerás con toda franqueza! (*Riendo.*)

AMPARO. ¡Tampoco, porque la quiero muchísimo! ¡Y es tan buena, tan buena! ¡Un ángel! ¡Cuando la miro me parece que veo dos alas blancas por encima de sus hombros! ¡Y tan hermosa! ¡Y tan joven! ¡Parecemos hermanas! ¡Preciosa, divina, mi madre de mi alma! (*Algo conmovida.*)

CARMEN. (*Abrazándola.*) Así... así...

AMPARO. Déjame acabar. Al fin vinimos a Europa y en París pasamos un año. Allí fué también Ricardo y allí le conocí...

CARMEN. Y allí os enamorasteis. (*En voz baja.*) Y allí se concertó el matrimonio. Eso ya lo sé.

AMPARO. ¡Cállate .. cállate, Carmencita! De eso no se habla. Sí... sí... nos enamoramos... nos casaremos... chitón. No se habla, no se habla de esas cosas. Nos casaremos en seguida. Silencio, silencio, niña curiosa. Tú no puedes hablar de esas cosas, que eres una niña soltera... y yo tampoco... otra niña soltera. Conque juicio y formalidad y gravedad. (*Se ríen y se abrazan y besan*) ¡Ah! (*Habla con ligereza.*) Pues mientras mamá estuvo enferma vinieron a cuidarla doña Leocadia y su hija... ¡toma!... como que yo vi cartas en que doña Leocadia le manifestaba a papá... así como que tenía esperanzas de que Ricardo se casase con Lola. (*Pausa.*) ¡Ah!... ¡Calla!... ¡Nunca había pensado en esto! ¿Crees tú que Ricardo?... ¡Dios mío!... ¡Si Ricardo se enamoraró de Lola!... ya no le quiero... y me moriré... me moriré... (*A Carmen con pasión y en voz baja.*)

CARMEN. ¡Qué disparate!

AMPARO. ¡Hay que pensar!... ¡hay que pensar en esto!... ¡yo soy muy desconfiada!... ¡muy recelosa!... ¡yo soy así!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!.. ¡esta idea!... Cuando tengo una idea mala, de duda o de desengaño... me parece que se me ha deslizado aquí dentro (*Oprimiéndose la cabeza.*) un reptil y que me muerde... ¡Que me vuelvo

loca, Carmencita, me vuelvo loca! (*Se pasea. La observa desde lejos Leocadia.*)

CARMEN. ¡Sí que eres loca, sí!... ¡Ave María Purísima, qué chiquilla!

AMPARO. ¡Sí... es un desatino! ¡Pero, no puedo... no puedo! (*Acercándose a Carmen, y al oído.*) Oye, tú... ¿Serán celos? ¡Celos! ¡Yo celosa, y de mi Ricardo! ¡Jesús, qué locura!... (*Rompe en carcajadas.*)

LEOCADIA. (*Desde lejos.*) ¿Qué tiene esa muñeca?

CARMEN. ¡Gracias a Dios que te conoces!... ¡Sí, loca... loca... reteloca!... (*Las dos ríen y bromean.*)

LEOCADIA. (*Mirando afuera.*) Ya vienen, Carmencita.

CARMEN. ¿Mis padres?

LEOCADIA. Sí. Y también don Braulio.

AMPARO. ¡Don Braulio!... ¡Qué horror!... Vámonos... vámonos...

CARMEN. ¡Pero, Amparito!...

AMPARO. Que no me quedo. ¡Buena estoy yo para oírle! ¡El hombre de las vacilaciones, de las eternas dudas! ¡Me pone fuera de mí, me desata los nervios ese hombre! ¡Muy buen señor, no lo niego; pero irresistible, hija, irresistible! Nunca se sabe lo que piensa, ni lo que opina: «El tiempo no es malo, pero tampoco es bueno.» (*Imitándole con burla.*) «Eso tiene sus ventajas, pero no deja de tener sus inconvenientes. Ayer estuve a punto de caerme hacia la derecha, pero luego me caí hacia la izquierda.» Vente conmigo, Carmencita; no le sufro. A mí, la vacilación, la duda, me matan; quiero saber cómo son las cosas. ¿Buenas?... pues buenas. ¿Malas?... pues malas. ¿Debo querer?... quiero.

¿No debo querer?... no quiero, y se acabó. Don Braulio, ¿es usted necio, es usted tonto? No lo sé, ¡pero es usted intolerable! Vamos, vamos, chiquilla.

CARMEN. ¡Ay, qué Amparo!

AMPARO. Soy como soy, pero soy así. (*Salen riendo.*)

ESCENA IV

LEOCADIA; luego DON BRAULIO, DON LEANDRO, DOÑA ANDREA

LEOCADIA. ¡Ah, qué niña, qué niña! ¡Insustancial, caprichosa, hasta insolente! ¡Buena educación le dió Baltasar en América! Y de una mujer así se enamora Ricardo... y mi pobre hija... ¡Paciencia, paciencia!... veremos. Cuando Dios se retrasa en hacer justicia .. *hay que ayudarle.* (*Se retira a un lado y toma aspecto humilde.*)

BRAULIO. Ahora veremos si está Angeles o no está. Dice el criado que la vió salir... pero no la vió volver... ¿quién sabe?.., pudo volver sin que la viesen. Digo... me parece...

ANDREA. Dice usted bien, don Braulio. ¡Hola, doña Leocadia! (*La saluda.*) ¿Cómo está usted?

LEOCADIA. Siempre para servirla.

LEANDRO. Doña Leocadia...

LEOCADIA. Don Leandro...

BRAULIO. Señora... (*Le da la mano.*) Tiene usted mejor cara que otros días... aunque siempre pálida... pero eso no importa. ¿La salud buena?

LEOCADIA. Muchas gracias, don Braulio. La salud no es mala. (*Les indica que se sienten.*)

ANDREA. ¿Tiene usted noticias de Lola?

LEOCADIA. No, señora.

LEANDRO. Buena señal. Ya sabe usted el refrán.

BRAULIO. En la vida claustral la salud generalmente es buena... La calma, la paz, ayudan mucho. Pero siempre conviene un poquito de actividad... no mucha... alguna, sí... ¿No sé si estarán ustedes conformes?

ANDREA. ¿Y mi Carmencita?

LEOCADIA. En el jardín está con Amparo... Ahora vendrán. (*Tocando un timbre.*)

LEANDRO. Déjelas usted que se explayen.

LEOCADIA. Ya se explayaron bastante; sobre todo Amparo: Carmencita es más tranquila. (*Aparece un criado.*) Que vengan las señoritas; en el jardín están. (*Sale el criado.*)

ANDREA. A todas nos ha gustado correr y reír.

BRAULIO. Esa es la vida, y por eso lo contrario es la muerte. Aunque en rigor, ¿quién sabe?

LEANDRO. ¿Y la vocación de Lola?

LEOCADIA. Es decidida... Ruego, suplico, lloro... nada consigo.

ANDREA. ¡Pobre doña Leocadia!

LEANDRO. Pues antes no parecía sentir esa vocación... Conocimos a Lola hace años... y no parecía...

BRAULIO. ¡Ah! Los temperamentos cambian... y el espíritu es móvil de suyo. Mire usted, don Leandro; yo, cuando niño, odiaba las lentejas, y ahora me encantan... no digo siempre... pero cuando se presenta la ocasión... ¡tomo unos platos!... no tiene usted idea... ¡Y gracias a que me contengo, que si no... Dios sabe!...

ANDREA. (*Riendo.*) Don Braulio... no es lo mismo comer lentejas que hacerse monja...

BRAULIO. Es verdad. Sin embargo... no deja de haber cierta analogía... ¿eh?... ¡Me parece!... (*Riendo.*)

ESCENA V

LEOCADIA, DON BRAULIO, DON LEANDRO, DOÑA ANDREA, AMPARO, CARMEN. Carmen trae casi a la fuerza a Amparo; vienen riendo

AMPARO. Andrea... Don Leandro... (*Saludando afectuosa.*) Don Braulio... (*Saludándole con precipitación y retirándose.*)

ANDREA. Bien se conoce que habéis estado en el jardín, que traéis rosas en las mejillas...

LEANDRO. Es verdad...

BRAULIO. De todo hay, de todo hay; rosas en las mejillas y nieve en la frente.

CARMEN. Es usted muy amable.

AMPARO. Mucho.

ANDREA. ¿Y tu madre, Amparito?

AMPARO. No sé...

LEOCADIA. Se fué con Ricardo.

AMPARO. ¿Con Ricardo? ¿Pero Ricardo vino?

LEOCADIA. Sí; y Angeles y él se fueron en seguida solitos en el coche.

AMPARO. ¿Sin decirme nada?

LEOCADIA. Se fueron a hurtadillas.

AMPARO. ¿A hurtadillas?

CARMEN. (*Al oído.*) (¡Tonta, retonta!... habrán ido a comprar galas para la boda.)

AMPARO. ¡Ah! ¡Ya! (*Riendo.*) ¡Ya les diré yo!... ¡ya les diré!...

LEOCADIA. ¿Tienes celos de tu mamá? (*Con sonrisa dudosa.*)

AMPARO. ¡Qué tontería!... (*Riendo.*)

LEOCADIA. ¡Ah! Es que de Angeles puede tener celos todo el mundo, porque es hermosa como un sol.

ANDREA. Es verdad; tiene usted razón.

LEANDRO. Como un sol.

BRAULIO. Distingo. Si es como un sol de Andalucía... afirmo. Si es como un sol de Londres... niego. No hay que confundirse.

LEOCADIA. ¡Pues si ustedes la hubieran conocido en otro tiempo! ¡Ah! Era un asombro. Cuando Baltasar se fué con Amparo a América... en aquella época Angeles era una divinidad. . Todavía se acordará Ricardo... pregúntale... pregúntale...

AMPARO. No tengo necesidad de preguntar nada a nadie, porque mamá ha sido siempre... lo que dice su nombre: un ángel por hermosa y un ángel por buena... por eso se llama Angeles. Ahí tiene usted.

ANDREA. Así me gusta: que quieras mucho a tu madre.

LEANDRO. Y que la admires.

AMPARO. Y en esto, ¿no hay nada que distinguir, don Braulio?

BRAULIO. En eso estaba pensando... pero nada encuentro. A una madre se la quiere siempre, siempre. Sea buena, sea mala. Claro es que hablo en general.

AMPARO. ¡Milagro sería!

LEOCADIA. Y siempre fué lo mismo, desde niña. Ricardo, que era casi de su edad... algunos años menos, no muchos... lloraba cuando no la llevaban a jugar con la mamá pequeñita. Así decía.

AMPARO. Ya la llamaba «mamá». ¡Qué gracia tiene eso!... (*Riendo, a Carmen, pero en voz alta.*)

CARMEN. Sí. ¡Muy gracioso! «Mamá».

ANDREA. Un presentimiento. (*Riendo.*)

LEANDRO. ¡Quién duda que hay presentimientos!

BRAULIO. Algunos lo dudan, si bien hay personas que creen en ellos. Vaya usted a saber la verdad.

AMPARO. ¿De modo que la verdad no puede saberse nunca?

BRAULIO. Nunca... es mucho decir... pero pocas veces.

AMPARO. Vamos; que ni se puede saber lo que no se sabe. (*Nerviosa.*)

BRAULIO. Ni aun eso, Amparito.

AMPARO. Pues yo sé que quiero mucho a mi madre. Lo sé, lo sé y lo sé.

BRAULIO. Será una de las pocas cosas en que no tenga usted dudas.

CARMEN. No sigan ustedes, que es un mareo. Lo que hay de cierto es que desde niño le llamaba Ricardo a doña Angeles «mamá», y eso es... vamos, eso...

LEOCADIA. Y no porque pareciese su madre. (*Riendo con risa dulce y traidora.*) Más bien parecían hermanos. Y como siempre jugaban juntos, que eran hermanos creía mucha gente. Tienes suerte, Amparito; no es de creer que la suegra y el yerno riñan.

AMPARO. (*Un poco nerviosa.*) De todas maneras, mamá no hubiera reñido, y Ricardo...

ANDREA. ¿Qué? ¿Ricardo es capaz de reñir con alguien?

AMPARO. No sé... ¡Qué sé yo! ¡Doña Leocadia me obliga a decir unas cosas!... (Siempre está con mamá... y mamá... y mamá... ¿Ves tú, mujer, qué tema?) (*A Carmen.*)

CARMEN. (No hagas caso.)

AMPARO. (Es que entre Leocadia y don Braulio me ponen fuera de mí.) (*Se lleva a Carmen al segundo término.*)

BRAULIO. ¿Se ha enfadado Amparito? (*A Leocadia.*)

LEOCADIA. No sé; es una chica tan extraña, tan nerviosa; muy buena en el fondo, pero muy rara.

ANDREA. A mí me gustaba más el carácter de su hija de usted.

LEANDRO. No hay comparación entre las dos. (*Los cuatro hablan en voz baja y con cierto misterio.*)

BRAULIO. Amparo es muy simpática, pero...

ANDREA. De ser yo Ricardo... ¡la verdad, ea, con franqueza!, otra hubiera sido mi elección.

LEANDRO. No es por adularla a usted, pero otra hubiera sido nuestra elección.

LEOCADIA. ¡Qué quiere usted, don Leandro, hay que resignarse en esta vida! Como Ricardo ha sido siempre tan amigo de la familia... es decir, de la familia de Angeles, y de la misma Angeles... porque con Baltasar nunca tuvo gran intimidad . pues por eso.

ANDREA. Que si no llega a tiempo la hija, se casa con la madre. (*Riendo.*)

LEANDRO. ¡Mujer, por Dios!... La madre ya estaba casada.

BRAULIO. Y usted, ¿qué dice de esa idea?

LEOCADIA. Nunca se me había ocurrido. ¡Qué cosas dice usted! (*A Andrea.*) ¡Por Dios, que no la oiga a usted Amparo!... Con esa fantasía que tiene... ¡Jesús! La niña poco necesita para que se le desboque la imaginación. (*Ríe con risa contenida, y como recatándose de Amparo.*)

AMPARO. (*Aparte a Carmen.*) Están hablando en voz baja

y se ríen. ¿De qué se reirán? ¿Por qué miran hacia mí?

CARMEN. ¡Qué sé yo! Mujer, no seas recelosa.

AMPARO. Tienes razón. Son tonterías de chiquilla. Hoy no estoy buena. Me levanté muy alegre, y ahora me siento triste. Hay en el aire, en lo que me rodea, algo que me oprime. La frente me arde.

CARMEN. ¡No seas aprensiva, Amparito!

AMPARO. ¡Tengo unas ganas de llorar!

CARMEN. ¡Por Dios, hija!... (*Un criado entra con una carta, se adelanta y se la entrega a doña Leocadia.*)

AMPARO. Llegaron las cartas. ¿Tendré carta de papá? (*Al criado.*) ¿Hay carta para mí?

CRIADO. No, señorita; sólo para doña Leocadia.

AMPARO ¡Otra tristeza! (*Leocadia mira el sobre y contiene una exclamación de alegría. Después mira a todos, en especial a Amparo.*)

LEOCADIA. Dispensen ustedes... ¿ustedes me permiten? Acaso es de mi hija.

ANDREA. ¡No faltaba más!

LEANDRO. ¡Lea usted, lea usted, amiga mía! (*Leocadia rompe el sobre. Dentro vienen dos cartas.*)

LEOCADIA. (¡Ah!... ¡Por fin!... ¡Así!...) (*Lee una y la otra después.*)

ANDREA. Me da lástima esa pobre mujer. ¡Si nuestra Carmencita se nos retirase a un convento!

LEANDRO ¡Calla, por Dios!

BRAULIO. Gran pena sería para ustedes. Pero ustedes, que son buenos cristianos, convendrán conmigo en que hay otras penas mayores.

CARMEN. Pero ¿qué ha de ocurrir?

AMPARO. No sé... no sé... si tienes razón... son manías ..

Pero tengo muchas ganas de llorar. ¡Cuándo vendrá mi madre!

CARMEN. Ya la tienes aquí con Ricardo. (*Mirando por el foro.*)

ESCENA VI

AMPARO, CARMEN, LEOCADIA, ANDREA, DON LEANDRO, DON BRAULIO; por el fondo ÁNGELES y RICARDO; después, cuando se indique, dos lacayos con estuches, cajas y envoltorios, que pasan por la escena y entran por una de las puertas de la derecha

AMPARO. (*Corriendo hacia Angeles, besándola y abrazándola con afán y llorosa.*) ¡Madre!... ¡Mamá!... ¡Madrecita mía!...

ANGELES. ¿Qué tienes, hija mía? Parece que vuelvo de un viaje al otro mundo. ¡Si creo que estás llorando, Amparito!

RICARDO. ¿Qué tiene usted, Amparo?

AMPARO. Nada... ¿Qué he de tener? Alegría de ver a mamita. Siento alegría... porque sí. Y siento tristeza... porque sí. Estaba triste, me he puesto alegre... se acabó... ¡Ahora todos muy contentos!...

RICARDO. ¡Amparo!...

AMPARO. (*En voz baja y rabiosa.*) (Menos usted.) (*Alto a su madre.*) Anda, anda... saluda a esos señores y besa a Carmencita... que si te entretengo van a decir que soy una niña mal educada. (*Angeles, riendo, se acerca a los demás y les saluda cariñosamente.*)

RICARDO. (*A Amparo.*) (¿Estás enfadada conmigo?)

AMPARO. (*A Ricardo.*) (¡Luego ajustaremos cuentas!) (*Este es el momento en que pasan los criados con los estuches, etc., etc.*)

ANDREA. ¿Estuvieron ustedes de compras?

LEANDRO. Preparativos. (*Riendo.*)

BRAULIO. No diré que no haya algunos; pero pocos momentos hay más solemnes en la vida.

ANGELES. (*Bromeando, en voz alta.*) Cuidado... que Amparo no debe enterarse.

AMPARO. No oigo nada. ¿Verdad, Carmen, que no oímos nada?

CARMEN. Absolutamente nada.

ANGELES. Pues acompáñenme ustedes allá dentro y verán con toda reserva lo que hemos comprado y me darán ustedes con el mayor sigilo algunos consejos.

ANDREA. Con mucho gusto.

LEANDRO. Vamos allá.

BRAULIO. (*A Angeles.*) ¿Yo también?

ANGELES. ¡Quién lo duda! Si usted es tan amable...

BRAULIO. Pues me tienen ustedes a sus órdenes.

ANGELES. Vamos, venga usted. (*A Andrea.*) Ven tú. (*A Leocadia.*)

LEOCADIA. (¡Cuánta alegría! ¡Pero las alegrías qué poco duran!) (*Hablando en voz baja y riendo van entrando por la misma puerta por donde entraron los criados. Amparo y Carmen van a entrar. Angeles las detiene.*)

ANGELES. Carmen puede venir... pero tú, Amparito, no... no puedes ver nada... ni oír nada... Asunto reservadísimo... (*Le da un beso.*)

AMPARO. Me resigno... obedezco... y me quedo. (*El último que va a entrar es Ricardo. Amparo le*

detiene tirándole de la levita.) Usted, no. Usted se queda conmigo, que tenemos que hablar.

ESCENA VII

AMPARO y RICARDO

RICARDO. ¿Qué tienes, Amparo? ¡Qué mal me has recibido! Fué broma, ¿verdad?

AMPARO. No fueron bromas; no. Fueron penas muy grandes. ¡Al fin lo sé todo! ¡Sé que no me quieres!

RICARDO. Pero ¿qué estás diciendo, niña mía? ¡Que yo no te quiero! ¿Y cómo has llegado a descubrir ese misterio? ¡Lo tenía yo tan aguardadito! «¡No quiero a Amparo, no la quiero!», me decía yo a mí mismo en voz baja, muy baja... y nada... al fin lo supiste.

AMPARO. ¡Sí... sí... échalo a juego! Es una manera de disimular tu traición.

RICARDO. ¿Conque también has descubierto mi traición? Entonces ya no hay salvación para mí.

AMPARO. ¡Nada!... ¡Qué hombre éste! Empeñado en tratarme como a una niña. Pues soy una mujer... todo una mujer: que puede ser...

RICARDO. ¡Que es adorable!

AMPARO. ¡Que puede ser terrible!

RICARDO. ¡Qué espanto!

AMPARO. ¡Ya lo creo!... Ya puedes echarte a temblar.

RICARDO. ¿Cuándo?

AMPARO. Cuando esta niña... esta mujer... o esta locuela o lo que tú quieras... sienta... aquí... aquí... (*Oprimiéndose el pecho.*)

RICARDO. ¿Qué?

AMPARO. ¡Celos!

RICARDO. ¡Celosa mi Amparito!

AMPARO. Sí.

RICARDO. ¿Desde cuándo?

AMPARO. Desde hace poco. Poco antes de venir tú se me ocurrió estar celosa.

RICARDO. ¿Y quién es ella?... ¡Dímelo, dímelo en secreto!

AMPARO. Te lo diré: ¡ya lo creo que te lo diré!

RICARDO. ¿Quién es, quién?

AMPARO. ¡Una monja!

RICARDO. (*Riéndose a carcajadas.*) ¡Ave María Purísima!

AMPARO. ¡No finjas!... Si ya sabes quién es. Si lo sabes. Niégalo.

RICARDO. ¿Que yo niegue que estoy enamorado de una monja? ¡Y cómo he de atreverme a negar cosa tan evidente y tan racional! ¿Conque soy un nuevo don Juan Tenorio? ¿Y quién es la preciosa monjita?

AMPARO. Monja no lo es todavía, pero es novicia.

RICARDO. Entonces ya se averiguó: es doña Inés.

AMPARO. Es doña Lola; no, Lolita; la preciosa, la prudente, la simpática Lolita, que es más linda que yo, y más juiciosa que yo, y más antigua que yo en la historia poética de tus amores.

RICARDO. ¡La hija de doña Leocadia! (*Con asombro.*)

AMPARO. ¡Ah, ya caíste en la cuenta!

RICARDO. ¡Pero tú estás delirando, Amparito! Si la pobre Lola está en un convento.

AMPARO. ¡Eso es! ¡Amparo, una loca que delira! ¡Lolita, una pobrecilla que sufre!

RICARDO. ¡Pero si apenas la conozco!

AMPARO. ¡Virgen Santísima, cómo miente este hombre!

RICARDO No... he dicho mal. Conocerla... la conozco muchísimo... pero nunca me fijé en ella.

AMPARO. ¡Vamos! ¡Ya vas recordando! Durante la enfermedad del abuelito... y durante la enfermedad de mamá... y después, durante tres o cuatro años... todos los días venías a casa... eso...

RICARDO. Sí, es verdad; es verdad, pero te digo...

AMPARO. No digas nada: quien tiene que decir soy yo. ¿Por quién eran tus visitas? ¡A ver! Por mí no fueron; porque yo era una niña casi, y estaba en América, y no me conocías. ¿Eh? ¿Qué contestas?

RICARDO. Que tienes razón.

AMPARO. Por doña Leocadia no sería tampoco... ni por mamá... digo... (*Se detiene.*)

RICARDO. Amparito, ¡por Dios!, que estás disparatando.

AMPARO. Luego eran por Lola. (*Con tono triunfal.*)

RICARDO. Pero, señor, ¿es que no se puede visitar una casa por amistad, por afecto, por parentesco, o es preciso que esté uno enamorado de toda la familia?

AMPARO. Sí... es verdad... pero tus visitas... esa asiduidad de que habla doña Leocadia, son síntomas muy sospechosos... muy sospechosos.

RICARDO. ¡Vamos, Amparo, ten juicio! Ten confianza en mí. Pregúntale a tu madre... Tu madre no te ha de engañar.

AMPARO. ¿Y si me engaña?

RICARDO. ¡Amparo!...

AMPARO. Por mi bien, para evitarme una pena; ya lo sé. Por evitarme un disgusto bien puede engañarme.

RICARDO. No digas esas cosas ni en broma. ¡Mira, Am-

parito, yo soy un hombre leal, un hombre de honor, y yo te juro que te quiero con toda mi alma! Yo soy muy formal, ¿no es cierto? Pues por ti soy capaz de todas las locuras. Yo te juro por lo más sagrado, por la memoria de mis padres, que jamás, jamás tuve amores con Lola, ni pensé en Lola, ni recuerdo haberle dicho una sola vez que era bonita.

AMPARO. Si lo juras de ese modo habrá que creerte. No me engañes, Ricardo; no me engañes. Hablas de locuras: yo sí que soy capaz de hacerlas, si me engañas. Cuando siento la sangre en la cabeza... soy feroz: créeme, soy feroz. No te rías.

RICARDO. ¡Que me da miedo!

AMPARO. Y debe darte. A veces soy terrible... yo he salido de caza con mi padre... no a caza de pajaritos o de liebres... yo he matado... (*Fingiendo tono trágico.*)

RICARDO. ¡Un gorrión!

AMPARO. ¡Un jabalí!... Un jabalí más grande que don Braulio. Y sin temblar. Venía el animalote... como un terremoto... ¡chas!... ¡chas!... cortando ramas a un lado y a otro... y abriéndose camino por entre la maleza: una masa negra, ¡que daba unos gruñidos! Allí no se distinguía nada... ni cabeza, ni orejas, ni cuerpo, ni patas... una bola enorme y dos puntitos de fuego o de sangre... dos puntos enrojecidos... eran los ojos .. Y yo, ¡quieta!, ¡firme!... ¡entre los dos ojos le planté una bala! ¿Qué tal?

RICARDO. ¡Pues vaya una mujer que voy a tener! (*Riendo.*)

AMPARO. Te lo aviso para que no te fíes de mí cuando me veas dulce y aniñada.

RICARDO. Pierde cuidado; no me fiaré.

AMPARO. (*Cambiando rápidamente.*) Sí; fíate... fíate de mí... yo seré una locuela, una chiquilla, una cabeza descompuesta... pero tengo corazón, y mi corazón es todo tuyo; para ti no tengo mas que ternura, una ternura infinita. Porque te quiero, te quiero, y sólo sé reír por ti, si me das alegrías; llorar por ti, si te complaces en darme penas; morir por ti, si te empeñas en matar a tu Amparo. (*Se echa a llorar.*)

RICARDO. ¡No, mi Amparo! Por mí ni una lágrima, ni una pena. ¡Mi vida entera no vale una lágrima tuya! Seca, seca tus ojos divinos, que se me acaba el mundo cuando te veo llorar.

AMPARO. ¿De veras?

RICARDO. ¡Siempre dudando!

AMPARO. No; ya no dudo.

RICARDO. Pues seca tus ojos hermosísimos.

AMPARO. No quiero... no quiero... no estás amable sino cuando los ves cuajaditos de llanto.

RICARDO. ¡Seca el llanto, vida mía, que viene gente!

AMPARO. Sí... vienen... Pues me voy al jardín a que seque el sol estas lágrimas, ¿te parece? Quiero que el sol vea lo mal que me tratas. ¡Adiós... Adiós... Adiós!...

ESCENA VIII

RICARDO, ÁNGELES, que ve huir por el jardín a Amparo

ANGELES. ¿Qué es eso? ¿Por qué huye Amparo? ¿Habéis reñido?

RICARDO. Huye para ocultar unas lagrimitas.

ANGELES. (*Alarmada.*) ¿La hiciste llorar? ¿Has hecho llorar a mi Amparo? ¡Mira que no te lo perdono! Te quise como a un hermano; más que amigo, hermano has sido para mí. Y dispuesta estoy a acrecentar mi cariño y a trocar el cariño de hermana por cariño de madre. Pero con una condición: *que has de hacer muy feliz a mi niña.* De lo contrario... de lo contrario, Ricardo, no vas a tener en mí una madre, sino una *suegra.* ¡Suegra! ¿No te asustas?

RICARDO. Tú la quieres mucho, ¿no es verdad?

ANGELES. ¡Si la quiero!...

RICARDO. Pues yo la quiero más.

ANGELES. ¡Ya es fácil!

RICARDO. Es seguro.

ANGELES. ¡Mucho la quieres, y la hiciste llorar! ¿Cuándo la hice llorar yo? ¡Nunca!... ¡Nunca!... Dirán que la crié mal, que la mimé demasiado... ¡Qué me importa lo que digan! Si yo la hubiese hecho derramar una lágrima... una sola... ¡me hubiera muerto de pena!... ¡Mi pobre Amparito de mis entrañas!

RICARDO. Es que yo no la hice llorar tampoco.

ANGELES. Si lo has confesado.

RICARDO. Que lloró, sí. Que lloró por mi culpa, no.

ANGELES. Pues ¿por qué lloró?

RICARDO. ¡Pásmate! ¡Porque está celosa!

ANGELES. ¡Infame! ¿Tú has dado celos a mi hija? (*Entre broma y veras.*)

RICARDO. Mamá suegra, ¡tengamos la fiesta en paz! (*En broma.*) Que yo no le di celos.

ANGELES. ¿Pues de quién los tomó?

RICARDO. ¿A que no lo adivinas?

ANGELES. ¡Cómo he de adivinar yo tus picardías!

RICARDO. ¡De Lola!

ANGELES. ¿De la hija de Leocadia?

RICARDO. Justamente.

ANGELES. Esas son maldades o imprudencias de Leocadia.

RICARDO. Eso creo. ¡Pero si yo jamás pensé en Lola!

ANGELES. ¿Y Amparito qué sabe? Más te digo: es natural que tenga celos a poco que los estimulen.

RICARDO. (*Con desesperación cómica.*) ¿También tú? ¿Tú que me conoces? ¿Tú que sabes que adoro a Amparo? ¡Señor! ¡Señor, que la madre y la hija han perdido el juicio!

ANGELES. No digo que tengas tú la culpa. Porque te conozco desde niño, porque he sido tu amiga, tu hermana, te entrego mi hija. Porque sé que eres bueno, y que la quieres con el alma.

RICARDO. ¡Gracias a Dios!

ANGELES. Pero si la han ido con el cuento de que cuando Lola vivía conmigo, tú estabas siempre en casa, figúrate tú qué vueltas le habrá dado en su cabecita exaltada la pobre criatura a esa idea traidora.

RICARDO. Mira: eso es verdad.

ANGELES. Ya lo creo que es verdad. Porque Amparo tiene una imaginación que da miedo. No; con aquella cabecita no se puede jugar. Cuídamela mucho, Ricardo; mímala como yo; que no llore; que no se exalte; que no dude nunca de ti. Hazla muy feliz y te querré... te querré como una madre verdadera. Por Dios, Ricardo... ¡Amparo vale mucho!... ¡Lo es todo para mí! No, Ricardo, tú no puedes comprender

esto. No puedes, no... por mucho que la quieras.

RICARDO. ¡Será feliz!

ANGELES. ¡Gracias... gracias, hijo mío! (*Se acerca a él llorando. Ricardo la sostiene cariñoso.*) Eres bueno... sí... siempre lo has sido. (*En este momento aparece Amparo.*)

ESCENA IX

ÁNGELES, RICARDO y AMPARO

AMPARO. ¿Qué es eso? (*Con cierta sorpresa.*) ¿También lloras tú? (*A su madre.*) Hoy todos lloramos.

ANGELES. Amparo... (*Llamándola y abrazándola.*) Me dijo Ricardo que habías llorado... y me afligí.

AMPARO. ¡Qué charlatán es Ricardo!

ANGELES. Me juraba, cuando llegaste... que ya nunca más ha de hacerte llorar.

AMPARO. Bueno; pero que no te haga llorar a ti tampoco. Cuando nos casemos (*A Ricardo.*), como seré tu mujer, podrás hacerme llorar... alguna vez ¡por excepción!... pero a mi madre, no. Porque a mi madre no tienes derecho para hacerla llorar, ¿verdad, mamita? (*Acariciándola.*)

RICARDO. Resulta que yo soy un infame, ¡que hace llorar a todo el mundo!

AMPARO. (*Riendo.*) ¿Es un infame?

ANGELES. No, hija, no; es muy bueno. Le conozco muy bien, mejor que tú, y es muy bueno, muy bueno.

AMPARO. Si tú le fías... ya estoy tranquila.

RICARDO. ¿No les parece a ustedes que debemos ir allá

dentro? Tenemos abandonados a aquellas señoras y caballeros.

ANGELES. Están muy entretenidos viendo galas... pero vamos.

AMPARO. Sí... vamos, que yo no las he visto todavía. (*Se dirigen los tres hacia la derecha: les cierra el paso Leocadia.*)

ESCENA X

AMPARO, ÁNGELES, RICARDO Y LEOCADIA

LEOCADIA. Perdonad: un momento. Supongo que hablaréis con esas señoras y esos señores de la boda; que acaso les anunciaréis el día... ¡y antes conviene que me oigáis a mí! Por poco que yo valga... conviene que me oigáis.

ANGELES. No te comprendo. ¿Comprendéis esto?

RICARDO. No.

AMPARO. Yo tampoco... Ella... ella... Pero ella... ¿qué?...

LEOCADIA. ¿Has recibido carta de Baltasar? (*A Angeles.*)

ANGELES. No.

AMPARO. ¿De mi padre? Yo tampoco. ¿Acaso... qué? ¿Pasa algo?... ¿Está enfermo? (*Con alarma y exaltación.*)

LEOCADIA. No. Está bueno, muy bueno, y con todas las energías de su honrado carácter muy despiertas.

AMPARO. ¡Ah! Gracias a Dios.

ANGELES. Me habíais asustado.

RICARDO. A todos.

AMPARO. Se goza en asustar a todo el mundo.

LEOCADIA. No es eso.

AMPARO. ¿Pues qué es?

LEOCADIA. He tenido carta de Baltasar.
ANGELES. ¿Tú?
LEOCADIA. Sí; y me manda otra carta para ti. (*A Angeles.*)
ANGELES. Es extraño; pero dámela.
AMPARO. ¿Escribe a mi madre, y le manda a usted la carta? ¿Tú comprendes esto? (*A Ricardo.*)
RICARDO. No; la verdad; no lo comprendo.
ANGELES. ¿Pero esa carta?...
LEOCADIA. Tómala. (*Le da la carta.*)
AMPARO. ¿A ver?... ¿Qué dice?
RICARDO. Sí... pronto. (*Angela lee para sí: Amparo y Ricardo la observan con curiosidad y de cerca. Leocadia, fríamente y a distancia.*)
ANGELES. ¡Ah!... ¡No, imposible!... ¿Qué es esto?... Pero ¿qué es esto?
AMPARO. ¿Qué es? Dame la carta. (*Quiere cogerla.*)
ANGELES. ¡No.., tú, imposible!... ¡Mira! (*Le da la carta a Ricardo.*)
AMPARO. ¿Pero yo no puedo leerla? ¡Si es de mi padre!
RICARDO. (*Leyendo.*) ¡Ah . no!... ¡No puede ser! ¡Será alguna infamia!
AMPARO. Pero ¿qué dice?
RICARDO. ¡No... a ella no!... (*Para que no dé la carta a Amparo.*)
ANGELES. ¡A ella no! (*Lo mismo.*)
AMPARO. ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¡Quiero leerla! ¡Es de mi padre!... ¡Quiero! ¡Quiero!
ANGELES. ¡Luego!
RICARDO. ¡Más tarde! ¡Cuando todo se aclare!...
AMPARO. ¡No!... ¡No!... ¡Ahora! (*A Leocadia.*) ¡Usted, que tendrá el gusto en desgarrarme el corazón! ¡Gócese!... ¡Gócese!... ¿Qué dice esa carta? ..

LEOCADIA. ¡Tu padre te prohibe casarte con Ricardo!

AMPARO. ¡No!... ¡No!... ¡Mentira!... ¡Mi padre no dice eso!... ¡No lo dice!... ¡No! ¡No, Dios mío!... ¡No lo dice! ¡Ah!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Madre mía!... (*Cae casi sin sentido, y llorando, en los brazos de su madre. Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón lujosísimo: puede ser el del acto anterior; chimenea encendida. Es de noche; el salón iluminado como para una fiesta; flores, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

DON LEANDRO, DON BRAULIO, en traje de etiqueta

LEANDRO. Ya ve usted, don Braulio, todo llega; y después de tantas dudas y tantas murmuraciones, llegó el día de la boda.

BRAULIO. Don Leandro, dudas hay y se ocurren en este mísero globo aun para las cosas más insignificantes; con que es natural y lógico que acto tan decisivo y tan trascendental como el del matrimonio aparezca dudoso.

LEANDRO. Es que la boda parecía definitivamente deshecha. Si bien la familia quiso ocultarlo, yo sé, a mí me consta, que don Baltasar, no sólo se negó a dar su consentimiento, sino que amenazó a Ángeles con venir a la Península, abandonando todos sus negocios, para arrojar a

Ricardo de su casa y para cruzarle el pecho de una estocada.

BRAULIO. Hombre, eso es muy fuerte, muy melodramático; yo dudo...

LEANDRO. No lo dude usted. El caso es fuerte, pero don Baltasar no es blando. ¿Ve usted el carácter de Amparo? Pues un carácter parecido al de la hija es el de su padre, acentuado con todas las energías varoniles, como es natural.

BRAULIO. Pero ¿por qué es todo eso? Yo no comprendo ni la oposición de don Baltasar, ni su fiereza, ni su odio a Ricardo. ¿Y usted?

LEANDRO. Tampoco lo comprendo muy bien. Aunque algo pudiera haber. Son cosas muy delicadas, don Braulio.

BRAULIO. Ricardo es un caballero, una persona dignísima.

LEANDRO. No lo niego.

BRAULIO. Es muy rico, pero muy rico. Y aunque de dinero y santidad... mitad de la mitad, aun así, Ricardo resulta millonario.

LEANDRO. En eso sí que no hay duda.

BRAULIO. Además, Ricardo fué siempre muy amigo de la familia.

LEANDRO. De Angeles, ¿eh?... Distingamos. De Angeles.

BRAULIO. Precisamente. ¡Pero muy amigo!

LEANDRO. Mucho... Muchísimo... Y ¡quién sabe!... Pero son asuntos muy delicados.

BRAULIO. ¡Pobre Amparo!... Es muy aturdida, muy *inconsistente*, pero muy simpática. Y está enamoradísima.

LEANDRO. Como que estuvo muy mala, muy en peligro, por la pena. La pobre doña Angeles decía, llorando, «que su hija se le moría».

BRAULIO. Morirse de amor no es tan fácil... pero acaso hubiera perdido la razón. Cuando no hay mucho aplomo... en naturalezas desequilibradas... la razón se pierde fácilmente.

LEANDRO. ¿Le parece a usted poco?

BRAULIO. Lo que yo no acierto a explicarme es cómo al fin cedió don Baltasar, que tan fiero se había mostrado al principio.

LEANDRO. Don Baltasar es otro desequilibrado. Esos seres, en que domina y se desborda el sistema nervioso, tienen poca firmeza de opinión. Un hombre nervioso hoy le mata a usted y mañana riega de llanto su tumba de usted, don Braulio.

BRAULIO. Renuncio al regadío, don Leandro.

LEANDRO. Pues bien; las cosas han podido pasar de este modo.

BRAULIO. Vamos a ver. (*Con curiosidad.*) Es decir, si no se trata de algo secreto y reservado.

LEANDRO. De ningún modo. Son apreciaciones exclusivamente mías.

BRAULIO. Pues con esa salvedad... adelante.

LEANDRO. Amigo mío, convengamos en que la boda de Ricardo ha aguzado muchas envidias, ha desencadenado celos horribles. Y yo digo, ¿es posible que don Baltasar haya recibido avisos, consejos anónimos?

BRAULIO. No diré que es seguro, pero afirmaré que es probable.

LEANDRO. ¡Y vaya usted a divinar qué cosas habrán inventado contra Ricardo!... ¡Qué de insinuaciones malévolas! ¡Qué de historias antiguas malignamente retorcidas! ¿Eh?

BRAULIO. ¡Ya, ya!... ¡Qué no inventa esta sociedad neurasténica!

LEANDRO. Con lo cual, y dado el carácter de don Baltasar... ¡figúrese usted! Esto explica *su primer arranque y su actitud hostil.*

BRAULIO. Es la de usted, si no la única, una de las explicaciones más racionales.

LEANDRO. Perfectamente. Pero Angeles protesta, protesta Ricardo, Amparito declara que se muere... todo el mundo cae sobre don Baltasar, y como al fin es un pobre hombre con todas sus fierezas, al telegrama de Angeles «tu hija se muere», contesta con otro «yo no quiero que se muera mi Amparo: haz lo que quieras». Y la boda se prepara, y la boda llega...

BRAULIO. Pero una boda... muy triste. Digo muy triste, porque si bien las apariencias son de alegría... hay algo... hay algo en la atmósfera que entristece y abruma.

LEANDRO. Es verdad.

BRAULIO. Aquí viene su esposa de usted; ella nos dirá cómo está Amparo.

ESCENA II

DON BRAULIO, DON LEANDRO Y DOÑA ANDREA

BRAULIO. ¿Cómo deja usted a la novia?

ANDREA. No sé... no sé... no me parece que está muy regocijada.

BRAULIO. Lo estábamos diciendo, ¿verdad? (*A don Leandro.*)

LEANDRO. Decíamos que esta boda... no es lo que parece.

ANDREA. Siento la misma impresión que ustedes. Salones lujosos, mucha luz, muchas flores, niñas encantadoras, que forman alrededor de Amparo un coro de ángeles, risas, felicitaciones.

BRAULIO. Y todo falso. Es decir, falso, no; pero sí forzado, convencional.

ANDREA. (*Con misterio.*) ¿No han observado ustedes?... Angeles y Ricardo están violentos... así como si huyese uno de otro.

LEANDRO. Es natural; ellos saben perfectamente *la calumnia que corre* por Madrid. Calumnia en que los maliciosos pretenden fundar la resistencia de don Baltasar a la boda... y Angeles y Ricardo no se atreven ni a mirarse siquiera.

BRAULIO. Hacen mal, porque los maliciosos, en ese... ¿cómo diré yo?... en ese alejamiento mutuo, buscarán una prueba más para la calumnia.

ANDREA. Y que si Amparo lo nota... y lo notará...

LEANDRO. Lo notará.

ANDREA. En tal caso... figúrese usted...

BRAULIO. La duda... sólo la duda... no digo la sospecha... sólo la duda, ¡sería cosa horrible! Dudar de su...

ANDREA. Así está ella... pálida, nerviosa... la mirada vaga... ¡y con un brillo!... dos veces la ha fijado en mí... ¡y he sentido frío!... es una mirada que pregunta algo con angustia; que interroga con desesperación.

BRAULIO. ¿Y qué cree usted que pregunta esa mirada?

ANDREA. ¡Por Dios, don Braulio! Lo que preguntamos todos: «pero ¿será verdad?» ¡Porque si fue-

ra verdad sería repugnante, odioso, infame!

BRAULIO. Lo que decíamos cuando llegó usted. (*A Andrea.*)

ANDREA. Y luego, ustedes también habrán reparado en ello.

BRAULIO. ¿En qué?

ANDREA. Me refiero a Leocadia. (*Bajando la voz.*) ¿No la han visto ustedes vestida de negro, con su rostro lívido, con sus ojos mortecinos, con su andar lento, deslizándose sin ruido por entre los invitados, sin hablar con ninguno, así como una mancha negra, sombra de algo mortal, que cruzase las alfombras y rayase de negro telas de colores y destellos de luz? ¿Han leído ustedes *La Intrusa*, de Maeterlinck? Pues yo creo que Leocadia es la *intrusa; otra intrusa.*

BRAULIO. Señora, dice usted las cosas de un modo que siente uno escalofríos. Mire usted, mire usted. . (*Pasa por el fondo Leocadia lentamente, vestida de negro.*)

ANDREA. Yo tengo ganas de que acabe pronto la boda, para dar la enhorabuena y marcharme: créanlo ustedes.

LEANDRO. Si antes no sucede algo.

BRAULIO. Ya, ¿qué ha de suceder?

ANDREA. ¿Quién sabe... quién sabe?... ustedes no pueden adivinar cómo quedaba Amparito cuando yo la dejé.

ESCENA III

DOÑA ANDREA, DON LEANDRO, DON BRAULIO. Por el fondo AMPARO, ÁNGELES, CARMEN. Al final de la escena se presenta un momento LEOCADIA. AMPARO entra rodeada de todas, que se afanan por animarla; viste de blanco, pero sin nada a la cabeza, como si no hubiese acabado de arreglarse: viene muy pálida, en gran estado de excitación, que procura dominar; sonríe con esfuerzo, etc., etc.

ANGELES. Pero ¿te sientes mala, hija mía?

CARMEN. ¿Qué tienes, Amparo? (*Los demás personajes hablan produciendo un murmullo, que no debe obscurecer el diálogo. Andrea, Leandro y Braulio se acercan con solicitud*)

AMPARO. No tengo nada, mamá. Estoy bien, Carmencita.

ANDREA. Pero ¿qué? ¿Se ha puesto mala?

AMPARO. No, señora, no. Muchas gracias. Es que allá, en mi cuarto... estábamos muchos... la habitación es pequeña... y luego las flores... son muy hermosas... pero su aroma me aturdía. Además: ¡hay tantas luces! ¡Me parecía que eran ojitos brillantes fijos en mí!

CARMEN. La estaba abrazando su madre...

AMPARO. Sí, y de pronto, sin saber por qué, me arranqué de sus brazos... y ¡huí!... ¡huí!... ¡huí!... ¡Sentí un impulso, un ansia, dejar a todos!..., ¡separarme de todos!... ¡no ver a nadie!... Sí, ahora mismo... ahora mismo... quisiera todavía huir más... alejarme... correr... y necesito hacer un gran esfuerzo... para contenerme...

porque si no... (*Queriendo correr y conteniéndose.*) ¡No... huir de ti no... madre, madre, madre mía!) (*Cae llorando en sus brazos.*)

ANGELES. ¡Amparo... Amparo!...

ANDREA. ¡Ya terminó la crisis!

LEANDRO. No ha sido más que una crisis nerviosa.

BRAULIO. En parte la crisis... en parte las emociones naturales... (*Todos asienten.*)

CARMEN. ¿Estás mejor, monísima?

ANDREA. Ahora que ha llorado y que está más tranquila... creo que debemos dejarla un rato a solas con su madre.

BRAULIO. Será lo más prudente. (*Entretanto Amparo está en brazos de su madre, que la acaricia; junto a ellas está Carmen, de modo que formen las tres un grupo. Doña Andrea, don Leandro y don Braulio forman otro segundo.*)

CARMEN. Luego... cuando llegue... ya sabes... *¡el que echa la bendición!* vendré a buscarte... (*A media voz a Amparo.*)

BRAULIO. Pues vámonos... vámonos... No la deje usted salir de aquí... (*A Angeles riendo.*) hasta que sea preciso... y entonces... ¡qué remedio!... sin ella no hay ceremonia.

ANGELES. Son ustedes muy buenos... y muy amables...

AMPARO. Gracias. . gracias... ya estoy bien... pasó... En seguida voy.

CARMEN. (*Saliendo.*) ¡Pobre Amparito!... ¡Cuidado que impone el casarse! (*Se lo dice a don Braulio, y todos salen riendo.*)

LEOCADIA. (*Asomándose un poco y con precauciones felinas se acerca a Andrea y a don Braulio y les pre-*

gunta en voz muy baja con curiosidad y misterio.) ¿Qué ocurre?... ¿Qué es?

ANDREA. Nada... ya nada... Que Amparo ha sentido un desvanecimiento. Pero está bien.

LEOCADIA. ¡Ya!...

ANDREA. Lloró un poco... y está buena.

LEOCADIA. El llanto alivia mucho. (*Salen todos.*)

ESCENA IV

AMPARO y ÁNGELES

ANGELES. ¿De veras? ¿Te sientes bien?

AMPARO. Sí, madre mía; muy bien.

ANGELES. ¡Gracias a Dios!

AMPARO. Es que no soy más que una niña; una niña mimosa. Todo lo que tengo, ¿sabes tú?, no son más que mimos. Sí, confiésalo, me has dado muchos mimos en este mundo.

ANGELES. Todos los que he podido y no me arrepiento.

AMPARO. Mal hecho; porque ya ves tú adónde hemos venido a parar. Voy a casarme... y no quisiera casarme... ni conocer a Ricardo, ni quererle, ni conocer a nadie... A ti sola y seguir siendo chiquita y que tú me cogieses en tus brazos... y así tan ricamente. (*Le abraza.*) ¡Yo soy muy mala, muy mala!... ¡Estoy convencida!

ANGEBES. ¡Tú eres un ángel!

AMPARO. ¡Un ángel!... (*Sonríe tristemente.*) ¡Los ángeles no tienen malos pensamientos! (*Con tono sombrío.*) Por dentro de la frente los ángeles deben tener un cielo muy azul, y sus pensamientos serán estrellitas Yo no soy así... no soy así...

si tú te asomases... no... no... no me mires... déjame... déjame... déjame que tape mi cabeza en tu seno como cuando era niña. Con el calor de tu pecho se desvanecen las nieblas que hay aquí dentro... y todo... todo lo veo más claro... Así... así... cuanto más me tapas los ojos veo más luz... Madre... madrecita... (*Ocultando la cabeza en el seno de su madre.*)

ANGELES. (*Alarmada y con voz temblorosa.*) ¡Pero hija mía!... Amparito, ¿qué dices?... ¡Tú, hija mía... tú, malos pensamientos!... ¿Cuáles?...

AMPARO. ¡Calla, calla... que no se despierten... ahora duermen... déjalos!

ANGELES. ¡No! (*Con arranque de energía la separa y la mira a los ojos.*) ¡No! ¡Has de contestarme qué pensamientos son esos... tengo derecho a saberlos!

AMPARO. ¿Por qué me miras así? Pues ¿qué te figuras que pienso yo?

ANGELES. No lo sé... por eso lo pregunto.

AMPARO. ¡Nunca me has hablado en ese tono duro y seco, madre mía!

ANGELES. ¡Nunca me has dicho tú estas cosas que ahora me dices!

AMPARO. ¡Me riñes por vez primera! ¿Por qué? (*Alejándose espantada o como crea conveniente la actriz.*)

ANGELES. (*Siguiéndola, alcanzándola y trayéndola entre sus brazos al primer término. Angeles casi llora, o llora por completo; su voz es dulce, ha abandonado el tono duro de antes.*) ¡Amparo, hija mía, no... no huyas de mí.. ven conmigo! ¡Te

hablé en tono duro y seco... hice mal, perdóname!

AMPARO. ¿Tú? ¡A mí... pedirme perdón... perdón tú!... ¡no... calla... calla!... ¡Jesús!... ¿qué he dicho? ¿qué hice?... ¡qué miserable soy!... ¡miserable! ¡miserable!... (*Oprimiéndose la frente.*) ¡Dios mío, castígame! ¡Rebusca entre todos los dolores y viértemelos de golpe en el corazón, que se ahogue!

ANGELES. ¡Por Dios, hija, por Dios... cálmate... por mí, por tu madre! ¿No dices que me quieres tanto? Pues por mí no llores... no te exaltes... hija mía... ¡mira que si no, te lo pido de rodillas!

AMPARO. ¡No, eso no! ¡Tú de rodillas ante mí!... ¡No!

ANGELES. ¡Pues cálmate!

AMPARO. Me calmaré... sí, me calmaré... ¡Te lo juro!... ves... ya... ni lloro, ni me quejo, ni nada; pero no has de llorar tú.

ANGELES. ¡No, hija mía, no! Si no lloro... tampoco lloro yo...

AMPARO. Bueno, así, ¡muy contentas las dos!... (*Pausa; se miran las dos procurando mostrar alegría.*)

ANGELES. ¡Si yo sé lo que tienes!

AMPARO. ¡Tú! (*Separándose algo*)

ANGELES. Sí.

AMPARO. ¿Qué tengo?

ANGELES. Celos.

AMPARO. ¡Celos!... ¡Yo!... ¡Celos! (*Con tono extraño y retrocediendo.*)

ANGELES. Claro.

AMPARO. (*Se acerca y habla en voz baja.*) ¿De quién?

ANGELES. De la pobre Lola.

AMPARO. (*Dando una carcajada.*) ¡De Lola! ¡De la pobre

criatura! ¡De la monjita! ¡No, madre... no! ¡La pobrecilla! No inspira celos quien ya murió. ¡Si estuviese aquí! ¡Si fuese muy hermosa! ¡Si la viese yo muy encariñada con Ricardo! Acaso. Pero la palidez, el hábito, la clausura... son sudarios de muerte sobre las pasiones humanas. No es eso... ¡Te lo juro, no es eso!

ANGELES. Pues ¿qué es? (*Vuelve a enardecerse a pesar suyo.*)

AMPARO. ¿Te lo digo?

ANGELES. ¿No soy tu madre?

AMPARO. Madre... ¿Por qué mi padre, que es tan bueno, tan noble, que me quiere tanto... por... qué se opuso a mi boda con tan tenaz empeño? ¿Por qué?... ¿Lo sabes tú? ¡La verdad!

ANGELES. No.

AMPARO. Lo dices dudando.

ANGELES. No lo sé.

AMPARO. En aquella carta, ¿no decía el motivo?

ANGELES. No; ¡te lo juro! Imponía su voluntad: no decía la causa.

AMPARO. En la carta de Leocadia la decía; ella lo afirma. (*Todo esto con recelo; con mirada investigadora, otra vez va poniéndose nerviosa.*)

ANGELES. Eso dice; pero no ha querido enseñarme la carta que Baltasar le dirigió a ella... y en que según parece daba explicaciones.

AMPARO. Ni a mí tampoco.

ANGELES. Tu padre es muy bueno, pero tiene un carácter muy exaltado. Cualquier calumnia hace en él una impresión terrible.

AMPARO. ¡Luego hay calumnia!

ANGELES. No lo sé: lo suponía.

AMPARO. Oye...

ANGELES. Hija mía, no hablemos de esto.

AMPARO. Sí... de esto... de esto... ¡Si esto es lo que me está torturando!... ¡Si esto es lo que me llena de sombras muy negras el pensamiento! Tú ves lleno de nubes el cielo; no sabes lo que esas nubes son ni qué figuras extrañas toman ni qué monstruos fingen; pero todo eso te da miedo. Pues así... así... así... aquí dentro... (*Oprimiéndose la frente.*) ¡Veo y no veo... veo y no comprendo... veo y me espanto y no sé por qué!... ¡Pero, hay, madre mía, qué tormento! Yo creo .. sí lo creo... ¡Yo creo que me voy a volver loca!

ANGELES. ¡Amparo!

AMPARO. (*Con acento trágico.*) ¡Ojalá!... ¡Ojalá me volviese loca!

ANGELES. (*Abrazándola.*) ¡No... no... Amparo!

AMPARO. (*Desprendiéndose.*) ¡Madre!

ANGELES. ¡Hija mía!

AMPARO. ¿Quieres verme tranquila?

ANGELES. ¿Qué he de hacer?

AMPARO. Una cosa muy sencilla.

ANGELES. Di.

AMPARO. Escucha: vas a jurarme por lo más sagrado, no sólo que no sabes, sino que no sospechas... *que no sospecha Ricardo*, cuál es la calumnia... Ya sabemos que fué calumnia... Si yo sé que es calumnia... Pero, en fin, ¿cuál fué la calumnia infame, que sorprendió a mi padre de mi alma y le obligó a oponerse a mi boda? ¿Entiendes mi idea?

ANGELES. Sí; yo te aseguro... (*Con angustia.*)

AMPARO. No has de asegurarlo; porque me quieres mucho, y con ser tan buena, precisamente por ser tan buena, eres capaz de asegurar lo que no es... ¡Perdona... perdona... madre... por mí eres capaz de eso y de todo! No; asegurar, no. Has de jurar, con un juramento horrible... yo lo inventaré... yo te lo iré diciendo... «¡Juro que no sospecho qué calumnia es... y si juro en falso, que Dios nuestro Señor me castigue en mi hija; y que mi hija sea muy desgraciada, muy desgraciada; que sufra tormentos, dudas, martirios, y que de tanto sufrir se haga pedazos su razón y muera desesperada, y demente, y maldiciendo!» Esto, esto has de jurar... y te creeré. ¡A ver, a ver, madre, si juras!

ANGELES. (*Con exaltación.*) ¡No... no... ese juramento, no!

AMPARO. ¡Ah!... ¡Entonces lo sabes! ¡Lo sabes!... ¡O porque te lo ha dicho mi padre... o porque ya lo sabías!...

ANGELES. ¡Amparo!

AMPARO. ¡Madre!... (*Dos gritos supremos.*)

ANGELES. ¡Calla... Ricardo!...

AMPARO. ¡Sí!... ¡Ah!... ¡Y Leocadia!...

ESCENA V

AMPARO, ANGELES, RICARDO, LEOCADIA

LEOCADIA. No te engaño, no. Allí la tienes.

RICARDO. ¡Amparo!

AMPARO. (*Separándose.*) No... déjame... ¿Te han dicho que no me sentía bien?... Pues ya pasó... tranquilízate. Quédate aquí con mi madre. (*Haciendo ademán de salir.*)

RICARDO. ¿Huyes de mí?

AMPARO. ¡Qué te admira!... Antes huía de mi madre.. ¡Que te cuente ella! (*Fingiendo alegria y con tono aparentemente ligero en que hay amargura.*)

RICARDO. (*Sin poder contenerse.*) ¿Por qué huiste de ella? ¿Por qué huyes de mí?

AMPARO. ¡Pobre Ricardo!... ¡No comprendes que bromeo!... Sentí una de esas excitaciones nerviosas, que tanto asustan a mamá y que al fin no son nada: un estremecimiento, la vista que se enturbia, el corazón que late más aprisa... unos gritos... unas lagrimitas... y se acabó la terrible enfermedad de la niña mimada.

RICARDO. ¿De modo que ya estás bien?

AMPARO. Muy bien.

RICARDO. Entonces no te separes de mí...

AMPARO. (*Con pasión que no puede dominar y acercándose a Ricardo.*) ¡No! ¡Ricardo! ¡No!

RICARDO. Así... los tres juntos... tú entre los dos.

AMPARO. ¡No! (*Con violencia contenida.*)

ANGELES. ¿Por qué, Amparo?

RICARDO. ¿Por qué?

AMPARO. ¡Ah!... ¡Qué tono solemne! Porque entre vosotros dos... viéndoos a la par... mi situación es muy difícil... muy difícil!... Preguntádselo si no a Leocadia, que está ahí, helada, impasible, sombría, contemplándonos a los tres. ¿Verdad, tiíta? (*Con ironía cruel.*)

LEOCADIA. No sé, no te comprendo.

ANGELES. Ni yo tampoco.

RICARDO. Tampoco yo.

AMPARO. ¡Oh... Dios mío!... ¡Pues si es muy sencillo, si

es la cosa más natural! Mira, Ricardo... si yo le demuestro a mi madre delante de ti todo el cariño que la tengo, si la beso, si la abrazo, si la recuerdo otros tiempos... parece que te estoy diciendo: «¡Este, éste es el verdadero cariño, el amor eterno, no el que te tengo a ti; a ella la quise siempre, a ti desde ayer!»

RICARDO. ¡Amparo!

AMPARO. Pues pon lo contrario. Pon que yo me acerco a ti y te digo... ¡qué sé yo!... cualquier tontería en tono cariñoso; pues entonces mi madre sería la que tendría celos, *¿verdad, Leocadia?* Porque sería como decir a mi madre: «Ya no pienso en ti, le quiero a él más; por él te dejo; por un hombre a quien conocí hace un año.» Y me parece que esta ingratitud de su hija debe dolerle muchísimo a mi madre. Y yo no quiero, no quiero... no... eso no, que mi madre sufra por su Amparo. No, madre mía .. no pienses esas cosas... yo las digo por decir... pero tú... no las pienses.... no, los malos pensamientos hacen mucho daño. (*Se acerca a ella y la acaricia.*) Lo veis... ya la hice llorar.

ANGELES. ¡No sé qué decirte, hija mía!

AMPARO. Pues yo sí. Que no puedo estar con vosotros dos y que me voy con Leocadia a otra parte... a respirar... a concluir de arreglarme unos instantes... sólo unos instantes...

ANGELES. ¡No me dejes!

AMPARO. Si volveré pronto, muy pronto. ¿Vamos, tiíta?

LEOCADIA. Como tú quieras.

ANGELES. (*Levantándose con ímpetu.*) ¡No vayas con ella!

AMPARO. ¿Por qué, madre mía? ¿Qué temes?

ANGELES. Nada. (*Se deja caer en el sofá.*)

LEOCADIA. Si yo la quiero mucho. Así, vestida de blanco, me recuerda a mi hija.

AMPARO. ¿Vamos? (*A Leocadia.*)

LEOCADIA. Cuando quieras. (*Sale lentamente: Amparo apoyada en Leocadia. Angeles, echada en un sofá o en una butaca, muestra gran abatimiento. Ricardo ve alejarse al grupo que forman Amparo y Leocadia, en que se mezclan por manera extraña el vestido blanco de aquélla con el vestido negro de ésta.*)

AMPARO. Contigo no tengo que fingir. (*En voz baja.*)

LEOCADIA. ¡Fingir! ¿Qué?

AMPARO. A ti... no temo hacerte llorar.

LEOCADIA. ¡Lloré tanto!

AMPARO. Contigo estoy tan sola... como si estuviese a solas con mi pensamiento.

LEOCADIA. ¿Tan negro es?

AMPARO. ¿No lo sabes?

LEOCADIA. No.

AMPARO. ¡Sí lo sabes!... ¡No mientas!... ¡Hipócrita, no finjas!... ¡Lo sabes, lo sabes! (*Salen las dos.*)

ESCENA VI

ANGELES, RICARDO

RICARDO. ¡Pobre Amparo!

ANGELES. ¡Pobre hija mía!

RICARDO. ¡Oh, qué infamia, qué infamia!

ANGELES. ¿Pero quién? ¿Quién fué el primero que cometió esa infamia?

RICARDO. El primero... no sé... acaso Leocadia... Des-

pués, todos. Arroja semilla de calumnia en la masa humana, ¡y verás qué cosecha!

ANGELES. ¡Es verdad!

RICARDO. Calumniarme a mí... es una maldad; porque yo, aunque no soy un santo ni un ser perfecto... soy un hombre de honor. Pero calumniarte a ti, que siempre has sido buena como un ángel del cielo, con un alma más blanca que el armiño y una voluntad más recta que un rayo de sol... ¡Oh!... ¡Eso... eso clama a Dios!... Y envenenar el alma de Amparo como la han envenenado... Para eso no hay calma; resignación no se diga; y paciencia... ¡la mía se acabó!

ANGELES. ¡Amparo!... ¡Amparo!... ¡Por ella es mi pena!... Yo estoy acostumbrada a sufrir, bien lo sabes. Yo quería a Baltasar y le quiero, porque en el fondo es muy noble, pero ¡qué carácter el suyo! ¡Cuánto me ha hecho llorar en este mundo! ¡Qué celos tan insensatos! ¡Qué celos tan tercos! ¡Qué celos!... ¡Si no encuentro la palabra! ¡Qué celos tan insubstanciales! ¡La duda! ¡Eterna, constante, tenaz! Hoy muere, mañana retoña, ¡y así siempre!

RICARDO. ¡Triste herencia! En Amparo vuelve a retoñar.

ANGELES. ¡Eso, eso es lo que me vuelve loca! ¡Un ser tan puro, que ayer, como quien dice, jugaba en mis rodillas! ¡Que cuando aprendía a escribir, si al hacer una plana me traía en uno de sus deditos, tan monos, una mancha de tinta, me apuraba de veras!... ¡Y a darle limón, y a lavarla mucho, hasta que quedaba el dedito blanco como la nieve y sonrosado como una

hoja de rosa! Y ahora... ahora no es en un dedito, ¡es en el corazón, en el pensamiento, en el alma!... No es una gota de tinta, sino la mancha más repugnante, la que no puede limpiarse ni borrarse nunca, tinte amoratado de cáncer horrible, *¡la duda contra su madre!* ¡No; esto no!... ¡No debe ser! ¡Dios mío!, esto no puedes tú consentirlo, porque si hay algo sagrado en este mundo después de ti... pero, ¡qué sé yo!... acercándose a ti... ¡es una madre! (*Con energía desesperada.*)

RICARDO. ¡Pues a salvar a Amparo!

ANGELES. ¡Si creo que no es posible! Aunque se convenza, aunque deje de dudar... ¡habrá dudado de mí!... Eso ya no tiene remedio.

RICARDO. ¡Angeles! ¡Por primera vez en tu vida eres injusta! ¡Qué culpa tiene la pobre Amparo! ¿Depende de ella? Si al ser más noble y más puro, si a un niño le muerde un perro rabioso, ¿qué culpa tiene la pobre criatura de que el veneno circule por su sangre? A su sangre lo llevó la dentellada. ¡Pues cuenta, si puedes, las dentelladas de esas gentes!... ¡Ah! Tienes que pensar en esto, o quieres a Amparo menos que yo.

ANGELES. Más que yo, ¡nadie! Pero comprende tú que me duele mucho, mucho, mucho ¡que piense de nosotros!... ¡De ti, menos malo, después de todo!... (*Con inocente egoísmo.*) ¡Pero de mí... de mí!... ¡No, no... no tiene derecho a dudar! ¡No lo tiene!... ¡Que dude de todo! ¡Pero de mí, no!... ¡No!... ¡Y no!

RICARDO. ¡Valor... valor!... ¿Por qué no le dices esto mismo que me dices a mí?

ANGELES. No... a ella no.

RICARDO. ¡Sí... sí... dices bien!... hay que ir con calma y con prudencia, y poco a poco. Ella... ella por sí misma se convencerá.

ANGELES. Eso he pensado yo.

RICARDO. ¡Hay que pensar en ella! Mucho sufrimos nosotros, pero ella sufre más. Nosotros... tenemos un consuelo... ¡hay que confesarlo!...

ANGELES. ¡Yo, ninguno!

RICARDO. ¡Sí; un consuelo muy grande! Sabemos que no merecemos lo que sufrimos; nuestra conciencia es nuestro consuelo. (*Con energía.*) Podemos decir: somos honrados y eso son calumniadores. Y la pobre Amparo, ni distingue nada, ni ve, ni adivina: todo es duda para ella. Tú, una pena muy grande, pero a la luz del sol; y la luz anima. Ella, un dolor más horrible y entre sombras; y en las sombras los dolores son mayores.

ANGELES. ¡Sí... eso!... eres muy bueno, muy justo: así debemos pensar los dos. ¡A salvarla!

RICARDO. ¡A salvarla! (*Se acercan, se estrechan la mano, casi se abrazan, conmovidos.*)

ESCENA VII

ANGELES, RICARDO Y CARMEN

CARMEN. ¡Ah! (*Deteniéndose.*) Perdonen ustedes... pensé que estaba Amparito... y venía a ver... si estaba mejor... si había pasado el mal...

ANGELES. Sí; está mejor... y ha ido con Leocadia a acabar de arreglarse.

CARMEN. ¡Vamos... eso me tranquiliza... porque yo pen-

sé que estaba mala de veras!... ¡Qué palidez!... ¡qué ojos tan extraviados!... ¡me dió un buen susto, y a todos!... ¡todos están muy alarmados!

RICARDO. Pues ya no hay motivo, Carmencita.

CARMEN. Mejor es así. Pero ¿por qué habrá sido?... *(Se ha ido acercando a Angeles y le habla en voz baja.)* ¿Le ha dado algún disgusto Ricardo?

ANGELES. (¡Por Dios, hija!... No; no creas eso. Ricardo es muy bueno.)

CARMEN. (Pues mamá y papá dicen que no es muy bueno... Pero yo le defiendo... ¡ya lo creo!)

ANGELES. Haces bien... Pero ¿de qué le acusan tus padres? *(En voz baja.)*

CARMEN. (Nos va a oír...)

ANGELES. (No; está distraído.) *(Ricardo se ha separado un poco.)*

CARMEN. (No sé... son frases sueltas que yo cojo... así, al pasar. Pero hace usted bien en defenderle; debe ser muy caballero. ¿Y quién le ha de conocer mejor que usted?) *(Todo con mucha inocencia.)*

ANGELES. (¡Yo!... ¿por qué?... Como todos... le conozco como todos.) *(Está algo violenta.)*

CARMEN. (Eso sí que no; usted mejor que nadie. Ahora mismo lo decían unas señoras.)

ANGELES. ¿Qué decían?... *(En voz alta y sin poder contenerse. Ricardo le oye estas palabras y se acerca.)*

CARMEN. Pues lo que le he dicho a usted. *(Un poco asustada.)* Las palabras no las recuerdo. Pero eso venían a decir. ¿Es que se ha enfadado usted?

ANGELES. No, hija, no. Tú eres toda inocencia y bondad.

CARMEN. Yo la quiero mucho a Amparo... y a usted

también... Y a Ricardo no le quiero mal.

RICARDO. Sería usted injusta.

CARMEN. Y si es usted muy bueno con Amparo, aun le querré más. ¡Entonces sí que seremos amigos!

RICARDO. Pues lo seremos.

CARMEN. Pues ahora hay que llamar a Amparo y hay que prepararse... porque se acerca el momento... ¡el momento solemne, como dice don Braulio! Toda la gente está ya en el salón... y la puerta de la capilla está entornada, ¡qué bonita está la capilla! ¡En una capilla así debe dar mucho gusto casarse!... Y va a venir en seguida su Ilustrísima. Yo quiero estar allí para besarle el anillo. Y voy a ver si tiene buena memoria. Él me confirmó, ¿se acordará de mí?

ANGELES. ¡Ya lo creo!

CARMEN. Pues llamen a Amparo y vamos. (*Se dirigen al fondo, y Carmen, mirando por una puerta lateral, empieza a palmotear alegremente.*) ¡Ya está ahí... ya está ahí su Ilustrísima! Venga usted, venga usted a recibirle... a usted le toca. (*Llevándose del brazo a Angeles.*) Y usted también. (*A Ricardo.*) Venga usted pronto... bobalicón...

ANGELES. Sí... vamos, Ricardo.

RICARDO. Vamos... ¿pero Amparo?...

ANGELES. Yo volveré.

CARMEN. ¡Ea!... que va a pasar sin que le bese el anillo. (*Sale.*)

ESCENA VIII

AMPARO y LEOCADIA. En este momento entran Amparo y Leocadia. Amparo, como huyendo, y se desploma en un sofá. Leocadia se acerca a ella lentamente

AMPARO. ¡Ay... que me faltan las fuerzas!... ¡mi cabeza vacila!... lo veo todo a través de una neblina... Tenga usted lástima de mí.

LEOCADIA. ¡Yo!... ¿Pues yo te atormento?

AMPARO. No sé. Creo que sí.

LEOCADIA. No te busqué yo; hace días que no me acerco a ti.

AMPARO. Pero ¿y antes?

LEOCADIA. Antes, algunas veces; no muchas. Te decía cualquier cosa para consolarte... muy pocas palabras.

AMPARO. Pero esas palabras... esas palabras... ¡despertaban en mí unas ideas!... Ideas que yo quisiera desechar... ¡y es imposible!

LEOCADIA. ¿Y yo qué culpa tengo? ¡Ea!... Si tanto mal te hago... me voy. (*Hace un movimiento.*)

AMPARO. (*Saltando sobre ella y cogiéndola por un brazo*) No, aquí, conmigo.

LEOCADIA. (*Sonriendo.*) ¿Lo ves? No es que yo te busco, es que tú no quieres separarte de mí. Pues como tú quieras. ¡Siempre juntas! (*Abrazándola.*) ¿Cómo negarte mis consuelos?

AMPARO. ¡No! ¡Suélteme! ¡Suélteme! (*Se separan y la mira trágicamente*) Yo quiero huir de usted. ¡Pero no puedo! ¡No puedo! (*Tóda la escena simboliza lá «duda», la negra «duda», Amparo la rechaza; pero la duda la atrae y la domina.*)

LEOCADIA. Pues, criatura, di qué quieres que haga. Me rechazas, si me acerco. Me llamas, si me separo. Me odias, y no puedes vivir sin mí. De día desatinada y colérica, casi me arrojas de esta casa, y de noche vienes a buscarme a mi cama con los pies desnudos para que no te oigan; y te sientas a la cabecera y lloras y lloras... y no me dejas dormir, sin pensar que yo también tengo penas y necesito descanso.

AMPARO. Pero ¿a qué voy? ¿Por qué lloro? ¿Por qué estoy suplicando hasta el alba? ¿Por qué cuando me alejo aterida y desesperada de junto a tu lecho no veo más que tus ojillos por encima del embozo de las sábanas, que me siguen burlones, sin que los empañe ni una lágrima? ¿Por qué? ¿Por qué, Leocadia?

LEOCADIA. Y yo, ¿qué quieres que te conteste?

AMPARO. Quiero que me contestes a lo que te pregunto.

LEOCADIA. ¡Me preguntas tantas cosas! Unas veces sobre Ricardo... otras veces sobre tu madre...

AMPARO. ¡Mentira! ¡De mi madre, nunca! ¡No hables de ella!

LEOCADIA. (*Retrocediendo.*) ¡Amparo!

AMPARO. Así... así... Te aconsejo, por tu bien, que me tengas miedo.

LEOCADIA. Pues me voy, ya que no logro aliviar tus penas.

AMPARO. ¡No, eso no! .. Si has dicho bien: no puedo vivir sin ti. (*Empieza a desvariar algo.*)

LEOCADIA. Pues me quedo. Como tú mandes.

AMPARO. (*Al oído.*) Tanto como te odio te querría si fueras buena conmigo. Si contestaras cariñosamente, lealmente, a mi pregunta.

LEOCADIA. ¿A cuál?

AMPARO. A la de siempre: si sabes cuál es.

LEOCADIA. Pues repítela, para que yo no me equivoque.

AMPARO. No es para eso; es para que yo sufra, repitiéndola. ¡Oh, te conozco! Te daré gusto. Leocadia, ¿por qué mi padre se oponía a mi boda? ¿Lo sabes? Yo sé que lo sabes.

LEOCADIA. Es verdad.

AMPARO. Pues dime por qué.

LEOCADIA. ¿Para que luego digas que gozo atormentándote?

AMPARO. Luego ¿es algo muy cruel?

LEOCADIA. Es, lo que es. Yo... la verdad... no sabría decírtelo. No encontraría palabras. Tú dices bien: a una madre hay que respetarla.

AMPARO. (*Se estremece y la mira espantada.*) ¡Ya empiezas!

LEOCADIA. ¡Yo, Dios mío, no puedo decir nada!

AMPARO. Dices que no encuentras palabras... y encuentras las más infames.

LEOCADIA. No he de pronunciar una más.

AMPARO. No hables, no. Pero dame la carta que te escribió mi padre, y en que está la causa... la causa de oponerse a mi boda.

LEOCADIA. Eso sí que no. ¡Oh, qué dirías de mí! Además, ¿qué te importa? Al fin ha cedido. (*Con tono de desprecio.*)

AMPARO. ¡Porque supo que me moría!... ¡Y mi padre me quiere mucho y tiene mucho corazón!...

LEOCADIA. Es muy blando de corazón, es cierto. (*Con ironía fría.*)

AMPARO. Pues dame su carta, dámela; porque una duda cruel, duda que mancha... duda que ahoga...

me está martirizando de tal modo, que yo creo que voy a volverme loca. (*Cae en un sofá y se cubre el rostro con las manos. Leocadia se acerca, se sienta a su lado o se pone detrás y la acaricia: es como la duda, que toma cuerpo y asedia y se apodera y atormenta implacable a la pobre niña.*)

LEOCADIA. No seas niña, no te apures; si no hay motivo. ¿Amas a Ricardo? Sí. ¿Puedes unirte a él para siempre? Sí. Allá dentro te esperan. ¡Pues a la boda! Todo lo que pasó, ¿qué importa? ¡Pasan tantas cosas en el mundo!... ¡Y el tiempo las borra! (*Cada vez se acerca más a Amparo y la fascina cada vez más.*)

AMPARO. ¡No sabe usted cómo sufro!... Lo pasado... dice usted... ¡Lo pasado!

LEOCADIA. Lo pasado... pasó; ya no es: como si no hubiese sido. Y después de todo, ¿qué?, niñadas... dos niños que se crían juntos... ¡vaya un motivo de celos!

AMPARO. (*Repitiendo maquinalmente.*) ¡Celos!

LEOCADIA. Que crecen juntos... que se quieren mucho... ¡Hoy mismo se quieren mucho! ¿Y esto qué prueba? ¡Calumnias, hija, calumnias!

AMPARO. ¡Calumnias!

LEOCADIA. ¡Calumnias infames!... Pero el mundo es así. ¡Y tu padre fué muy receloso!... Siempre vió mal esas intimidades de...

AMPARO. ¡Silencio... no nombre usted a nadie!

LEOCADIA. ¿Para qué, si tú me comprendes?

AMPARO. ¡Yo no comprendo nada! (*Tapándose los ojos y encogiéndose.*)

LEOCADIA. Entonces no hablo más.

AMPARO. ¡Ah... Dios mío! Sus palabras de usted parecen cariñosas, ¿no es verdad?

LEOCADIA. ¿Lo ves? ¡Tú misma lo confiesas, Amparo!... (*Acariciándola.*)

AMPARO. Pues cada palabra es como una gota de plomo derretido... y la lluvia cae sobre mi corazón y lo taladra todo él por cien partes. Clava usted en mí su mirada, y parece como que engendra usted una nube de pensamientos con alas muy negras, que me llenan la cabeza de zumbidos y revoloteos repugnantes. Me acaricia usted, y me crispo al contacto de sus dedos fríos y descarnados. Se ha propuesto usted que pierda el juicio, pues lo va usted a conseguir. ¡Usted... usted. . usted!... ¡Encarnación maldita de la duda!... Pues sea. ¡Duda, vence! De todas maneras quiero la carta; si no, no me sosiego, ni la dejo a usted, ni voy allá dentro... ¡la carta!

LEOCADIA. Pero si no dice nada; ¡exageraciones de tu padre! ¡Si casi sería mejor que la leyeses! ¡Acabar... acabar de una vez!...

AMPARO. ¡Eso es... acabe usted conmigo; pero acabe yo con este intolerable tormento... ¡La carta de mi padre!

LEOCADIA. ¡Pues vas a verla... y después yo te probaré que nada prueba!

AMPARO. ¡Bueno... venga!...

LEOCADIA. Pero juicio... mucho juicio... Todo es mejor que ese estado en que te encuentras... ¡Oh... perderías la razón!

AMPARO. ¡La perdería!

LEOCADIA. Toma. (*Le da la carta; una de las dos que recibió en el primer acto.*)

AMPARO. ¡A ver! (*Leyendo febrilmente.*) «Leocadia, me tienen loco, ¡qué anónimos, qué cartas, qué avisos recibo!» Sí... sí... «Leocadia, ¿es verdad que soy la burla de Madrid?» ¡Ah... él... «Sí; lo soy; lo he sido siempre; ahora lo veo claro...» ¡Dios mío... Dios mío! «No: esa boda no se efectuará; sería infame.» ¡Infame dice! «Sería repugnante.» ¡Repugnante dice! «No mancharán a mi hija de mi alma entre ese Ricardo y su manceba...» ¡Ah!... (*Da un grito terrible.*) ¡Ella! ¡No!... ¡Miente mi padre!... ¡Mienten todos!... ¡Miento!... ¡Quita... quita!... ¡Todos fuera!... ¡Sola!... ¡Pero sola, no!... ¡Sola tengo miedo!... (*Vacilando, avanzando y retrocediendo, llorando, haciendo lo que la actriz crea oportuno.*) ¡Alguien a quien abrazarme!... (*Extendiendo los brazos.*) ¡A ti, Dios mío!... ¡Pero no te veo, no te veo!... ¡Ay, Virgen Santísima... ampárame... ampárame!... (*Se acerca a la chimenea. Leocadia se aleja de ella al otro extremo.*)

ESCENA IX

AMPARO y LEOCADIA. Entrando por el foro sucesivamente ÁNGELES, CARMEN, RICARDO, DOÑA ANDREA, DON BRAULIO y DON LEANDRO

CARMEN. Ven, Amparo.

ANGELES. ¡Hija mía!...

AMPARO. ¿Quién me llama?

ANGELES. Soy yo...

CARMEN. Somos nosotras...

AMPARO. No os acerquéis... (*Rechazándolos.*)

RICARDO. ¡Amparo!...

AMPARO. Tú, tampoco... (*A Ricardo.*)

ANGELES. Pero ¿qué tienes, hija mía? (*Amparo retrocede.*)

RICARDO. ¡Amparo!...

AMPARO. No... ¡nadie!... ¿Queréis quitarme esto? (*Enseñando la carta*) ¡Lo haré pedazos!... ¡No!... ¡Les conozco a todos esos!... (*Señalando a todos los que han entrado.*) Irían recogiendo trozo por trozo, pedazo por pedazo, añico por añico, para reconstruir la calumnia... y arrojarla... yo sé... yo sé sobre qué frente la arrojarían. ¡Antes devoraré como fiera este papel maldito! (*Queriendo morderlo.*) Sus átomos correrían por mis venas proclamando la infamia... Pero ¡qué importa si ya toda mi sangre está envenenada!... Desgarraré mis venas para echarla fuera.

ANGELES. ¡Hija mía!...

RICARDO. ¡Por Dios, Amparo!...

AMPARO. ¡Silencio!... ¡Ah!... ¿Y si yo me desgarro las venas, y con mi sangre la calumnia brota... y se derrama... y se esparce?... No... tampoco...

ANGELES. ¡Amparo!

AMPARO. ¡Quietos... no os acerquéis!... ¡Ah!... ¡Esperad!... Esto... sí... (*Mirando a la chimenea*) ¡Al fuego... al fuego!... (*Se precipita a la chimenea y arroja el papel a las llamas.*) ¡Triunfé... llama... ceniza... nada! (*Se queda en pie; todos la rodean con asombro; ella aleja a todos con el ademán. Amparo rompe en una «carcajada horrible»: se ha vuelto loca. Puede suponerse que es delirio histérico.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de noche: algunas luces encendidas, pero pocas, de modo que dominan las sombras, o por lo menos la media tinta. Las puertas de cristal del fondo, que dan al jardín, a la terraza o al invernadero, cerradas. La chimenea, encendida.

ESCENA PRIMERA

RICARDO, sentado. Un momento después, LEOCADIA

RICARDO. ¡Qué desdicha! ¡Amparo, luz de mi alma! ¡Cuánta felicidad soñada! ¡Qué realidad tan horrible! ¡Su razón obscurecida para siempre! ¡No, no es posible!... ¡No me convenzo! ¡Mi vida, mi ilusión!... (*De pronto.*) ¿Quién anda ahí?

LEOCADIA. Soy yo.

RICARDO. ¿Qué deseaba usted? (*En tono duro.*)

LEOCADIA. Nada. (*Con timidez.*) Sí... deseaba saber cómo sigue Amparo.

RICARDO. No lo sé... Lo mismo. Seguirá lo mismo.

LEOCADIA. No me atrevo a entrar en su cuarto.

RICRADO. No entre usted. Mientras ella no la llame a usted, no entre usted. Yo no puedo mandar...

pero es un consejo que le doy por el bien de todos... y, sobre todo, de ella.

LEOCADIA. Yo quise marcharme de esta casa... porque bien comprendía que mi presencia le hacía mucho mal a Amparo... No sé por qué... pero ello es así.

RICARDO. Sí, señora; mucho mal.

LEOCADIA. Me quedé... porque la misma Amparo se empeñó.

RICARDO. Lo sé.

LEOCADIA. Hay momentos en que parece odiarme... y tengo que huir de su vista. En cambio, otras veces me llama, y tengo que estar junto a ella... muy pegadita, muy pegadita... y si no acudo pronto, ¡qué desesperación la suya!... ¡Qué gritos desgarradores! Un verdadero rapto de demencia, mejor dicho, de furia.

RICARDO. Es verdad... Es verdad... (*Se levanta y se pasea nervioso.*)

LEOCADIA. ¿Conque los médicos dijeron que no se la debía contrariar en nada? ¿Me rechaza? Pues huir de ella. ¿Me llama? Acudir obediente a su voz. Y eso hago: y así estamos hace tres días.

RICARDO. Tres siglos de dolor y de angustia.

LEOCADIA. Ahora me llama; aquí me quedo. (*Se acerca a Ricardo, y se miran los dos fijamente.*)

RICARDO. Leocadia, soy franco y leal: me repugna toda hipocresía.

LEOCADIA. Eso ha dicho siempre Angeles, eso creía la pobre Amparo.

RICARDO. Leocadia, cuando vemos mucha luz, de algún foco viene. Cuando la peste lo invade todo,

en algún punto empezó. El mal y el bien tienen un origen.

LEOCADIA. Creo que tiene usted razón, pero no le comprendo.

RICARDO. Más claro. Esta enfermedad, esta locura, esta desdicha de mi Amparo, no es espontánea... no la ha mandado Dios como castigo o como prueba. Es obra, es infamia de los hombres.

LEOCADIA. ¡Quién sabe!

RICARDO. Yo lo sé.

LEOCADIA. ¿Y quién es el causante?

RICARDO. Eso no lo sé. Al menos no estoy seguro.

LEOCADIA. ¿Y por qué lo consulta usted conmigo?

RICARDO. No es consultar. Es decirle a usted lo que tengo aquí, sobre el corazón.

LEOCADIA. Eso desahoga.

RICARDO. ¡Más desahogaría!... (*Conteniéndose.*)

LEOCADIA. ¿Qué?

RICARDO. Nada. Pero, mire usted, Leocadia... y continúo desahogándome, como usted dice... yo no soy un hombre exaltado ni romántico. Sé querer y sé odiar: sin aparatosos alardes, pero tanto como el que más ame o más odie. Y yo *amo* a Amparo hasta el punto de dar mi vida por ella. Y yo *odio* al infame inventor de las calumnias, que tienen a esa pobre criatura como está. Le odio de manera que, si supiese quién es, fuese grande o pequeño, fuerte o débil, fuese hombre o fuese mujer, le juro a usted por mi nombre que su oficio de calumniador había concluído.

LEOCADIA. Es natural que sufra usted mucho y que se

exalte. Sufrir, todos sufrimos. Algunos nos resignamos; otros, no.

RICARDO. Con mi resignación no cuente usted.

ESCENA II

RICARDO, LEOCADIA, DOÑA ANDREA Y CARMEN

CRIADO. (*Anunciando.*) Doña Andrea y la señorita Carmen.

LEOCADIA. Que pasen. Recíbalas usted; hágame ese favor: usted es como de la casa. Y yo no estoy para nada. ¡Adiós, Ricardo, y cálmese usted, cálmese usted!

RICARDO. (¡Miserable!)

LEOCADIA. (*Aparte, deteniéndose a la puerta.*) Mi hija sufre, pero tú también. ¡Ah! Penas hay en el mundo de sobra para todos. (*Sale. Entran Andrea y Carmen.*)

ANDREA. Ricardo... (*Dándole la mano.*)

RICARDO. Señora... Señorita. (*A Carmen.*)

ANDREA. ¿Y Amparo?...

CARMEN. ¿Está mejor?...

RICARDO. No lo sé. Hace un momento estaba, al parecer, más tranquila.

ANDREA. ¿Y ahora duerme?

RICARDO. No duerme nunca: casi tres días sin dormir.

ANDREA. ¡Ay qué disgusto tan grande!... Y aquella noche..., la de la boda... ¿cómo terminó la tristísima escena?...

RICARDO. Señora .. no terminó. Puede decirse que continúa.

CARMEN. ¿De modo que no se casaron ustedes? ¡Ay, qué pena!

RICARDO. Horrible, Carmencita. Amparo siguió diciendo cosas extrañas; poniéndose delante de ese fuego, donde se consumía no sé qué papel... defendiéndolo, gritando con voz estridente, rechazándonos a todos .. desconociendo a su madre... Y a mí... y poco más o menos así seguimos.

CARMEN. ¡Y de ese modo tres días!

RICARDO. De ese modo.

CARMEN. ¿Y ahora?

RICARDO. Hace ya más de dos horas que no se la oye. Pero el menor ruido me produce una sacudida nerviosa, de que no tiene usted idea, porque pienso: «¡el ataque, otra vez, otra vez!» (*Se pasea agitado.*)

CARMEN. ¡Pobre Ricardo! (*A su madre en voz baja.*)

ANDREA. Oiga usted... (*Con cierto misterio.*)

RICARDO. ¿Decía usted?...

ANDREA. Nada... (*Mirando a Carmen.*) ¡Ah!... sí... ¿Cree usted que puede pasar Carmencita?...

CARMEN. Yo bien quisiera..

RICARDO. ¿Por qué no? (*Toca un timbre y aparece un criado.*) Acompañe usted a la señorita Carmen al cuarto de las señoras.

CARMEN. ¡Con qué gusto voy a abrazarla!... ¡Cuántos besos nos vamos a dar!... ¡Yo la pongo buena, créame usted!... ¡La pongo buena!... ¡Adiós!... (*Sale con mucha prisa.*)

RICARDO. ¡Qué buena es!

ANDREA. Un ángel ..

RICARDO. Es verdad.

ESCENA III

DOÑA ANDREA y RICARDO

ANDREA. ¡Diga usted... diga usted... perdone usted mis preguntas... no son de mera curiosidad. ¡Es que quiero tanto a Ángeles y a Amparo!... (*Se ve que la come la curiosidad.*)

RICARDO. Señora, usted puede preguntar lo que guste.

ANDREA. Y diga usted... Amparito en esos delirios... o raptos... o lo que fueren... ¿qué dice?... ¿de quién habla?... ¿a quién acusa?

RICARDO. Decir... dice cosas extrañas. Hablar... ¿qué sé yo? Habla de todo... Acusar... a nadie acusa... ¿a quién y por qué?

ANDREA. Es claro... tiene usted razón. Pero, en fin, durante esos accesos o accidentes, ¿qué dice? ¿En qué se fija? ¿Qué acontecimientos la preocupan? (*Con curiosidad que no puede reprimir.*)

RICARDO. Los últimos accesos son muy extraños; más tranquilos, pero más tristes que los primeros. *Recorre rápidamente toda su existencia pasada.*

ANDREA. ¿Cómo es eso?... ¡No comprendo!

RICARDO. Se figura que es *niña* y habla como *niña*. Luego se imagina que es *joven* y cambia su *acento*. Luego viene a estos últimos años de su vida, y reproduce las escenas que más impresión hicieron en su memoria. Al fin llega a la *noche cruel* de nuestras bodas y entonces su delirio es violentísimo.

ANDREA. ¡Oh!... ¡qué locura!... perdone usted, ¡qué desvarío tan singular!

RICARDO. ¡Y tan doloroso!... Parte el corazón, porque

constantemente hay en sus palabras una profunda tristeza, una amargura cruel... ¡muy cruel!... Perdone usted... no puedo más. (*Cae en un sofá muy abatido.*)

ANDREA. Usted es el que ha de perdonar... no diré mi curiosidad, porque no lo es... mi afán cariñoso por todos ustedes... que le ha proporcionado a usted un mal rato. ¡Ah!... pero aquí viene Leandro.

RICARDO. Sí... ellos... ¿qué les habrán dicho los médicos?

ANDREA. Ahora lo sabremos.

RICARDO. No querrán decir toda la verdad.

ANDREA. Yo haré que la digan.

ESCENA IV

ANDREA, RICARDO, DON LEANDRO y DON BRAULIO. Don Leandro y don Braulio vienen hablando entre sí y con cierto misterio

ANDREA. Les esperábamos a ustedes con impaciencia.

BRAULIO. ¡Ah, querida Andrea!...

RICARDO. ¿Se marcharon ya los doctores?

LEANDRO. Sí, señor; pero prometieron volver.

RICARDO. ¡Por Dios, no me oculten ustedes la verdad! ¿Qué han dicho?

LEANDRO. Consideran que el caso tiene importancia, mucha importancia.

BRAULIO. Pero esa importancia puede ser mayor o menor.

LEANDRO. Tal vez una gran sacudida, un momento terrible, produjera una crisis salvadora.

RICARDO. ¿Pero mi Amparo ha perdido la razón para siempre? Esto es lo que yo quiero saber; quiero la verdad como ella sea. Soy hombre, y a un hombre se le dicen las cosas como son.

ANDREA. Dice bien Ricardo. La verdad es lo primero.

LEANDRO. Mire usted, Ricardo, los médicos están conformes en que el origen de estas perturbaciones mentales de nuestra pobre Amparo, más que de carácter físico es de carácter moral: un gran dolor del alma.

BRAULIO. ¿Comprende usted? Si yo tomo la mano de nuestra querida amiga (*Le coge la mano a Andrea.*) y con un alfiler hiero una vez y otra vez, y ciento y mil veces, su cutis suavísimo, ¿no es verdad que destruiré la delicada epidermis y que al cabo de algún tiempo habré producido una gravísima herida? ¿No están ustedes conformes? (*Andrea retira su mano.*)

ANDREA. Sí, señor; pero déjeme la mano, que sólo con pensarlo ya me duele.

BRAULIO. ¡Ah! ¡Ahí tienen ustedes! (*Con tono triunfante.*) «¡Sólo con pensarlo!», dice usted, y dice perfectamente; ahí tiene usted *al pensamiento*, *a la idea* hiriendo el cutis como si fuera un alfiler de acerada punta. Pues bien, señora; pues bien, amigo don Ricardo; en Amparo hay una idea fija, que hiere una y otra vez su delicado cerebro como aguzado punzón y nada tendría de extraño que al fin destruyese su delicado organismo cerebral.

RICARDO. ¡Basta, basta! ¡No más, por Dios!... (*Se retira y se deja caer en un sillón en segundo término.*)

BRAULIO. No digo, ni dicen los médicos, que haya suce-

dido ni que suceda; pero no dicen *que no pueda suceder.*

ANDREA. ¡Qué angustia!

LEANDRO. Muy grande para todos.

BRAULIO. Porque hay más. Los doctores lo explican a maravilla, y voy a explicárselo a ustedes. Deme la mano, señora.

ANDREA. Yo, no. (*Ocultando la mano.*) Martirice usted la de mi marido.

LEANDRO. Muchas gracias, querida.

ANDREA. Silencio... ¿No oyen ustedes? ¿No oye usted, Ricardo?

RICARDO (*Levantándose y acercándose a la puerta.*) Sí... un rumor... Sí... vienen... Viene Amparo... Otra vez... Otra vez... ¡Yo creo que me va a saltar el corazón!

ESCENA V

DOÑA ANDREA, DON LEANDRO, DON BRAULIO, RICARDO, CARMEN, que entra de prisa.

CARMEN. ¡Ahí vienen!... ¡Ahí viene Amparo!

RICARDO. ¿Pero otra vez con el delirio? (*Con ansiedad suprema.*)

CARMEN. No; yo creo que no. Está alegre y tranquila.

RICARDO. ¿Sí? (*Con esperanza. Todos rodean a Carmen.*)

CARMEN. Y habla cosas muy razonables. ¡Si vieran ustedes qué voz tan dulce... qué miradas tan cariñosas!...

RICARDO. ¿De veras? (*Con alegría.*)

CARMEN. ¡Cómo acaricia a su madre! ¡Ahora está recordando su infancia... toda su infancia!

RICARDO. (*Con desesperación.*) ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Otro accidente!

ANDREA. ¡Pobre criatura!

CARMEN. Pero ¿por qué dicen ustedes eso? ¿Por qué se alarman?

LEANDRO. (*En voz baja a Carmen.*) Es la locura... la locura. Cuando le da uno de esos ataques, recuerda toda su vida pasada.

CARMEN. ¡Ay, Dios mío! ¡Y yo que venía tan contenta! ¡Por eso lloraba tanto Angeles!

BRAULIO. ¡Muy grave! ¡Muy grave!

ESCENA VI

DOÑA ANDREA, CARMEN, RICARDO, DON LEANDRO, DON BRAULIO, ANGELES, AMPARO. Amparo entra abrazada a su madre; su actitud, su entonación, los matices, los momentos de arrebato, todo queda encomendado al talento y a la inspiración de la actriz

AMPARO. ¿Adónde llevas a tu Amparo, mamita? Irá adonde quieras, pero no la dejes. ¡No; ella quiere estar siempre contigo! Aunque es niña, me parece que ha sido grande y sabe lo que es el mundo, y al fin querrán separarla de ti. ¡No; siempre, siempre en tus brazos! (*Se sientan y se abrazan cuando la actriz lo crea oportuno.*)

ANGELES. ¡Siempre, alma mía!

AMPARO. ¡Así!... ¡La felicidad!... ¡Soy muy feliz! Tú me quieres mucho, ¿verdad?

ANGELES. ¡Con todo mi corazón!... Por ti doy mi vida. ¡Tómala! ¡Tómala!

AMPARO. ¿Para qué? ¡Si ya tengo muchísima vida! Pero

¿por qué lloras? ¡No llores, si yo estoy muy alegre!

ANGELES. No... si no lloro.

AMPARO. Bueno: así. Mira... mira... todos esos, ¡qué envidia tienen!

RICARDO. ¡No puedo, Dios mío, no puedo!

AMPARO. ¿Qué dice ése?. . A ver... a ver... yo le conozco... (*Se levantan, y se acerca a Ricardo.*) ¡Toma! ¡Si es Ricardo!... ¡Pero ves, mamá, qué imprudente!... (*Excitándose.*) ¡Si tú no debes estar aquí todavía! ¡No ves tú que Amparito es muy niña!... ¡Si todavía no te conoce!... ¡Ah, qué empeño en contrariarme!... (*Volviéndose a su madre.*) ¡Y dice que la quiere tanto! ¡Y es todavía una niña, y viene aquí a separarnos y a quitarle la única felicidad que tiene! ¡La única que ha de tener en este mundo, porque ahora tú eres su madre y ella es tu hija, y estamos en el cielo!... y luego, ¿quién sabe?... ¿quién sabe? (*Se pasea agitadísima.*) ¡Vete! .. ¡vete!... (*A Ricardo.*) ¡que ya te llegará tu hora!... (*Se abraza a su madre.*) Dile que se vaya... que a ti te obedecerá... (*Se abraza llorando a su madre.*)

ANGELES. ¡Ricardo!

RICARDO. ¡No puedo más! (*Sale llorando y desesperado.*)

AMPARO. (*Sin dejar de abrazar a su madre, mira como a hurtadillas.*) ¡Se va .. te obedeció!... Y a mí no me obedecía... (*Se queda pensando.*) ¿Por qué te obedece a ti y a mí no me obedecía? ¿Por qué? .. ¿por qué?... (*Empieza a ponerse excitada.*)

ESCENA VII

AMPARO, ANGELES, DOÑA ANDREA, CARMEN, DON LEANDRO y DON BRAULIO

ANDREA. (*En voz baja a Leandro.*) ¡No sé cómo puede resistir la pobre Angeles!

LEANDRO. Le cuesta la vida.

CARMEN. ¡Pobre Amparo!

BRAULIO. Una situación muy triste. (*Todos están en segundo término observando; en primer término, Angeles y Amparo.*)

AMPARO. Al fin... al fin me dejó respirar. Pero esos... ¿qué hacen esos?... hablan en voz baja y miran, ¿qué dirán?... ¿Dirán algo de nosotras?... Te voy a contar una cosa, mamita.

ANGELES. Lo que tú quieras; sí, cuenta, cuenta, Amparito mía.

AMPARO. Una cosa que vi ayer... cuando me paseaba en el jardín. Había un nido en un árbol y se había caído un pajarito: se había caído y estaba sobre la tierra húmeda, anhelando, sin pluma todavía, ¡que se le veía la carnecita... y el corazón palpitaba!... ¡palpitaba!... así palpita, tan afanoso como aquél, el mío... pon la mano... mamita... (*La hace poner la mano.*) ¿verdad?... ¿qué dices?... ¿lo sientes?

ANGELES. ¡Sí, ángel mío!... Sigue...

AMPARO. ¿Qué he de seguir?... ¿qué contaba?... No sé... no sé...

ANGELES. Sí; el cuento del pajarito que viste...

AMPARO. ¡Ah!... sí... pues alrededor del pobre cuerpecito se habían reunido un enjambre de moscas y

moscones, feos, negros, repugnantes... y volaban y revolaban... y se apiñaban sobre el sitio del corazón, mordiéndolo, pisoteándolo, torturándolo... ¿Por qué digo esto?... no sé...

ANGELES. No sé yo tampoco.

AMPARO. ¡Ah!... sí... aquel corazón era como el de Amparito, y la gente... todos... todos... esos... cuantos la rodean... los que fingen acariciarla .. son como los moscones aquéllos... quieren morder, quieren pisotear, quieren desgarrar su corazón... ¡Ah!... malditos, malditos, ¿qué os ha hecho su corazón?... (*Casi llorando.*) ¡Si el pobre no hace más que dar latidos muy suaves... muy débiles... unos latiditos tan pequeños que no se sienten!... si no los sentís... si no hacen ruido, si no los siente nadie más que mi madre!... si no son para vosotros, ¿qué os importa?... ¡si son para ella!... ¡para ella!... ¡para ti!... (*Se abraza a su madre llorando y afligidísima.*)

ÁNGELES. ¡Sí... para mí!... ¡para mí!... (*La cubre de besos.*)

CARMEN. (¡Yo no puedo sufrir esto!) (*A su madre.*)

ANDREA. (Es verdad... Leandro... llévate a casa a Carmen, ya sabes que está muy delicada...)

LEANDRO. ¡Tienes razón... no es prudente...!

CARMEN. (*Llorando.*) ¡Sí... vamos... vamos!

LEANDRO. ¡Adiós, Ángeles!... voy a llevar a Carmen... volveré...

CARMEN. (*Se acerca tímidamente a Amparo.*) ¡Adiós, Amparo!...

AMPARO. ¿Dices que te vas?... ¡no!... tú eres una niña como Amparito... una niña... muy mona y muy simpática... ¡No!... ¡No se la lleva usted!...

(A Leandro.) Esta niña se queda para jugar con mi Amparito. Pues no sabe usted que es chiquitita... Luego crecerá... pero ahora... Amparo es chiquita... Ven, ven... ven conmigo... que vamos a jugar en el jardín. *(Se la quiere llevar.)*

ANDREA. ¡Amparo... quédate con nosotros!

LEANDRO. ¡Hija mía... no salgas al jardín! *(Impidiéndola salir.)*

AMPARO. ¡Oh!... déjenme... déjenme... No sé quiénes sois... ¡Mi madre puede mandarme!... ¡vosotros, no!... ¿Es que todo el mundo manda en mí?... ¡Señor!... ¿Por qué no ha de querer la gente que yo sea feliz?... ¿Es que los demás se alimentan con mis lágrimas?... Pero imbéciles, ¿no sabéis que son amargas, muy amargas? ¡Aunque os apetezcan, *yo sé que os sabrán mal!* ¡Ven tú... ven... a ti te quiero!... *(A Carmen.)* ¡Tú eres muy buena!... ¡también en tus ojos hay lágrimas!... ¡en los de esos, no!... ¡secos!... ¡encendidos!... ¡curiosos!... ¡No!... ¡no sabréis nada!... ¡que aquellas ascuas están más secas y muy encendidas, y queman más y consumen más que esas brasas chiquituelas y ruines que lleváis bajo las cejas!... ¡Vamos! ¡al jardín! Sé buena... Sé buena... Ven conmigo... *(Se lleva a Carmen.)* ¡las dos!... vamos... sí... sí... ¡que sí!...

ESCENA VIII

ANGELES, DOÑA ANDREA, DON BRAULIO Y DON LEANDRO

ÁNGELES. ¡Pobre Amparo!... ¡pobre hija mía!... ¡cómo podrá sufrir su cabecita este enorme martirio!

BRAULIO. ¡Quién sabe, doña Ángeles!... ¡Aun hay esperanza!

ANDREA. Pues yo creo que cuando menos se piense se pone buena. Así... de pronto...

ÁNGELES. ¡Dios lo haga!

LEANDRO. Veremos... veremos...

ESCENA IX

ANGELES, DOÑA ANDREA, DON LEANDRO, DON BRAULIO Y LEOCADIA, que entra deslizándose como siempre y mirando con recelo

ANDREA. Buenas noches, Leocadia...

LEOCADIA. Muy buenas... (*A Andrea.*) Señores.. (*Saluda sin acercarse.*)

LEANDRO. Señora... (*Don Braulio se inclina.*)

LEOCADIA. ¿Ocurre algo?

ANDREA. No, señora.

LEOCADIA. Lo decía... porque desde mi ventana... a la luz de la luna he visto pasar a Amparo con Carmen... y les he oído.

ANDREA. ¿Y qué?

LEOCADIA. Amparo iba muy tranquila... y hablaba con reposo... y, al parecer, con mucha cordura... y pensé... ¿se habrá puesto buena de repente?

ÁNGELES. ¿De verás?... ¿Iba tranquila? (*Levantándose.*)

LEOCADIA. Estos males de los nervios son tan caprichosos... Alarman mucho... y luego pasan.

ÁNGELES. Tranquilízate... no pasará... (*Volviendo a caer en el sofá.*)

LEOCADIA. ¿Por qué dices eso?... ¿Supones que yo?...

ÁNGELES. Dispensa... no sé lo que digo.

LEOCADIA. Yo sé lo que es sufrir por una hija. He sufrido y sufro más que tú. Y no acuso a nadie, ni siquiera les pido compasión... ¿Para qué? Cada cual tiene sus penas y no le queda a nadie tiempo para ocuparse de las penas de los demás. Así es el mundo.

ÁNGELES. Es verdad.

LEOCADIA. Pero hay desdichas y desdichas... y mayores que las mías... (*Meneando la cabeza.*)

ANDREA. No diga usted eso.

LEANDRO. Lo que ahora sufre Angeles...

LEOCADIA. Angeles ve a su hija... la ve... la puede besar... la tiene entre sus brazos... ¡yo no!

ÁNGELES. ¡Yo tampoco! (*Con exaltación.*) Amparo no es mi Amparo; veo su imagen: no la veo a ella; mis besos se los doy a una estatua que me recuerda a mi hija: no a mi hija; mis brazos se ciñen a ella como se ceñirían a un mármol. Pero mi Amparo, su espíritu, su conciencia... ¿dónde están? ¡Ah!, no compares tu desgracia con la mía.

LEOCADIA. Mi hija ha muerto para mí.

ÁNGELES. Pero cuando vas al convento ¡resucita para ti!... y es ella misma la que resucita; allí la tienes como siempre; si ríe, ella ríe...

LEOCADIA. No ríe...

ANGELES. Pues si llora, ella llora.

LEOCADIA. Eso sí, llorar.

ANGELES. Pues más vale eso.

LEOCADIA. Cada cual su cruz.

ANGELES. La de Amparo es la cruz del escarnio.

LEOCADIA. La de Lola dura toda la vida.

ANGELES. La de Amparo, ¿cuánto durará?

LEOCADIA. Te queda la esperanza de que acabe el martirio.

ANGELES. ¿Y si acaba con la muerte?... ¡No... no... no es posible!... No más.

ANDREA. ¡Por Dios, Angeles!... ¡La esperanza no se pierde nunca!...

ESCENA X

ÁNGELES, LEOCADIA, DOÑA ANDREA, DON LEANDRO, DON BRAULIO, CARMEN, que entra sola y corriendo

CARMEN. Ya estoy aquí.

ANGELES. ¿Y Amparo? (*Corriendo a ella.*)

ANDREA. ¿Dónde la dejaste?

CARMEN. En el jardín queda, la noche está apacible y templada.

ANGELES. Pero ¿y Amparo?

CARMEN. Parece tranquila. Habla dulcemente y cosas muy tiernas. Se ha calmado mucho, créame usted. (*A Angeles.*) Dice que ya no es tan niña como antes; esto prueba que va recobrando su razón.

ANDREA. (*A Angeles.*) ¿Lo ve usted?

BRAULIO. Si era preciso; si es que usted todo le ve negro. (*A Angeles.*)

CARMEN. Me enseñó un rosal y me dijo: «Hace poco tiempo era pequeñito; mira qué grande y qué hermoso. Yo también crezco: hace poco yo era una niña, ya no lo soy; sólo que yo crezco más aprisa que este arbusto.» Y se puso muy alegre, y se echó a reír; y acercándose al rosal levantó la cabeza y levantó los brazos, y decía entre carcajadas: «¡A ver, a ver quién crece más aprisa! ¡A que no me alcanzas, a que no me alcanzas! ¡Arriba con tus rosas, arriba con las mías!» Y se ponía sobre las puntas de los pies, se golpeaba las mejillas, y hundiendo las manos en el cabello, se destrenzaba toda. ¡Pobre Amparo!

ANGELES. ¡Lo ven ustedes! ¡Lo ven ustedes!

CARMEN. Vamos... que Amparo me da miedo... no me siento bien. (*A su madre al oído.*) Yo creo que Amparo está loca. ¡Ay que pena! ¡Llévame... llévame... no quiero verla otra vez!... ¡No sé... siento impulsos de decir cosas como ella!... ¡Vámonos, vámonos!

ANDREA. Sí, hija mía. Angeles... dispénsenos usted, pero Carmen está muy nerviosa... y me la llevo a casa.

LEANDRO. Hasta luego.

LEOCADIA. Yo voy a buscar a Amparo. (*Leocadia sale lentamente por la puerta del jardín, deslizándose por el suelo. Salen doña Andrea, don Leandro y Carmen por la izquierda.*)

BRAULIO. Señora... (*A Angeles.*) hasta luego o hasta mañana, si puedo, a primera hora, a ver cómo ha pasado Amparo la noche; si no puedo, por la tarde... Adiós... (Yo creo que este es un

caso... no diré desesperado, pero sí gravísimo.) (*Sale.*)

ESCENA XI

ANGELES, después RICARDO

RICARDO. ¿Y Amparo?

ANGELES. En el jardín. No quiso que fuese con ella y no se la puede contrariar.

RICARDO. ¿Pues con quién está?

ANGELES. Con Leocadia, que ha ido a buscarla.

RICARDO. ¡No!... Con esa mujer, no. ¡Ni un solo instante! Esa mujer me repugna. Cuando la veo abrazar a Amparo me imagino que es la araña que tiende sus zancas para aprisionar a su víctima. ¡Es un ser repugnante, infame! Ella inventó la calumnia, ella escribió a don Baltasar; es calumniadora, es venenosa, la envidia destila hiel en su corazón. Porque su hija sufre, quiere que sufra Amparo; porque ella llora, quiere que llores tú; es uno de esos seres viles, que al morir quisieran llevarse consigo a la fosa todas las alegrías, todas las sonrisas, todo lo que es luz, para que ya en el mundo no hubiera después de ellos ni vida, ni luz, ni amor. ¡Eso es Leocadia!

ANGELES. Eso creo yo también: eso me dice mi instinto. Pero ¿y la prueba? ¿Y si nos equivocamos? ¿Porque nos calumnien a nosotros, tenemos derecho para calumniar a los demás? ¡De nosotros duda Amparo y duda sin razón! ¿Dudamos con razón de Leocadia?

RICARDO. Sí. Yo estoy convencido que sí.

ANGELES. ¡Pero si yo pienso lo mismo que tú! Si yo por instinto odio a esa mujer, sólo que por lo mismo que la odio me domino, porque no quisiera que mi odio fuera tan injusto como el suyo.

RICARDO. De todas maneras no dejes a Amparo con Leocadia.

ANGELES. Pues vamos a buscarla.

RICARDO. Vamos.

ANGELES. Ya están aquí.

ESCENA XII

ANGELES, RICARDO, AMPARO, LEOCADIA

AMPARO. Madre.

ANGELES. ¿Qué, hija mía?

AMPARO. ¿Cómo está mi madrecita? ¿Alegre o triste?

ANGELES. (*Dominándose y fingiendo.*) Muy alegre.

AMPARO. ¡Muy alegre! Ya no me quiere mi madre como antes.

ANGELES. ¡Amparo!

AMPARO. Si no, ¿por qué estás alegre debiendo estar triste?

ANGELES. Estaré como tú quieras. ¿Risa?, pues risa. ¿Llanto?, pues llanto.

AMPARO. Eso, no... eso es tratarme como a una niña; darme la razón para hacerme callar. ¡Ya no soy niña! ¡No ves, no ves, he crecido (*Excitándose más y más.*); soy tan alta como vosotros! ¿Es que no me quieres porque he crecido?

ANGELES. Yo, sí, mucho. ¡Lo eres todo para mí!

AMPARO. Es que yo venía a otra cosa... a otra cosa...

¡Ah... sí! Pero tú debes saberlo (*A su madre.*); que tenemos que separarnos.

ANGELES. ¿Por qué?

AMPARO. Amparo se va; la llama su padre; un viaje muy largo. Tiene que abandonarte.

RICARDO. (*Aparte a Angeles.*) (Sigue recordando... sigue soñando.)

AMPARO. (*A Leocadia.*) Están hablando en voz baja.... ¿por qué, por qué no quieren que yo les oiga?

LEOCADIA. No puedo contestarte: dicen que siempre te atormento.

AMPARO. ¡Madre!... ¡Madre!... (*Desde lejos.*) ¡Que voy a dejarte! ¿No quieres que nos despidamos? (*Angustia y llanto.*)

ANGELES. Pero si todo es un sueño, si no nos separamos.

AMPARO. Sí; nos separamos. Me llama mi padre. (*Excitándose.*)

ANGELES. Bueno... bueno... Como tú quieras.

RICARDO. Nada más que lo que tú quieras. (*Amparo se aleja, pero luego como si se acordase de algo vuelve.*)

AMPARO. Tú no te quedas sola. Hasta que yo vuelva... Ricardo te hará compañía; los dos quedáis juntos... ¡Adiós... adiós!... (*Se aleja.*) ¡Ah!... (*Volviendo.*) ¡Tú... (*A Leocadia, cogiéndola violentamente.*) allí... en acecho... a tu oficio, miserable!

RICARDO. ¡Amparo!

AMPARO. ¡Lo mando.... obedece... soy más fuerte que tú! Acurrúcate (*Haciéndola caer en tierra.*); arrástrate, y muy encogidita, observa, acecha... Sí; luego me lo contarás todo ¡y gozarás como un condenado!... ¡A tu obligación y no

te muevas... quieta... quieta... quieta!... (*Quedan juntos y desesperados Angeles y Ricardo. Detrás, en tierra, toda encogida, Leocadia. Amparo se va alejando.*) ¡Ahora yo a mi obligación también!... (*Se detiene, se pasa las manos por la frente.*) ¿Cuál es? ¡Ah... sí... mi padre me espera!... ¡A cruzar el mar, el mar!... ¡El mar! (*Pausa. Se le dilata la fisonomía.*) ¡Qué hermoso!... (*Se pone las manos en los ojos como para mirar a lo lejos.*) ¡Qué inmenso!... ¡Qué horizontes!... ¡Dios mío lo que sabes hacer!... Y yo ¿qué soy?... ¡Pero si yo no soy nada!... Pues si yo me dejo caer... y me sumerjo... todos mis dolores, todas mis tristezas, todos mis tormentos... desleídos en esa masa verdosa y espumante... a la nada se reducen... y ni el mar sufre... ni sufro yo... (*Volviéndose.*) ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Qué idea!... ¡No hay más dolores!... ¡No hay más penas! (*Con alegría y risa nerviosa, pero algo infantil.*) ¡Adiós!... ¡Adiós!... (*Sale como si se arrojase al mar, bajando la cabeza.*)

RICARDO. ¿Has oído?... ¿Has comprendido lo que dice? (*Con extraordinaria alarma.*)

ANGELES. ¡Sí... quiere ahogar en el mar inmenso sus dudas... pero el mar está muy lejos!...

RICARDO. ¿Qué importa?... Una desgracia sucede tan pronto... ¡Vamos con ella!

ANGELES. Es verdad. (*Sale precipitadamente gritando.*) ¡Amparo... Amparo... hija mía!...

RICARDO. ¡Amparo... espera... por Dios... espera!...

ESCENA XIII

LEOCADIA; después, por el fondo, AMPARO; Leocadia se ha ido incorporando, pero ha quedado en segundo término, observando siempre, y siempre encogida

LEOCADIA. No... yo no puedo quedarme aquí... Me tienen horror; y no puedo... no puedo dominarme... ¡Dice Amparo unas cosas... tienen un acento tan doloroso!... No... mañana mismo salgo de esta casa... ¿Por qué no esta noche?... ¡Amparo me da miedo, mucho miedo!... ¡Está loca... sí.., está loca!... ¡Con qué fuerza me cogió y me hizo caer!... ¡una fuerza horrible!... ¡sus manos eran tenazas!... ¡creí que me hacía pedazos!... ¡Sí; loca furiosa!... Ahora mismo me marcho... no quiero verla... no quiero oír su voz... ni que me mire... ni que me toque.. Fuera... fuera de esta casa. (*En el momento de salir, entra por la puerta del jardín Amparo en lo más álgido de la furia.*)

AMPARO. ¡Ah... te escapabas!... (*Da una carcajada horrible.*) ¡No... no!... (*Cierra la puerta del jardín.*)

LEOCADIA. ¡Amparo! (*Retrocediendo.*)

AMPARO. (*Bajando la voz.*) ¡Te digo que no te escapas... que no te escapas!... (*Va a la izquierda y cierra la puerta, lo mismo la de la derecha.*)

LEOCADIA. ¿Qué haces?

AMPARO. ¡Cerrar... cerrar... para quedarnos las dos solas... las dos... nadie más!

LEOCADIA. ¿A qué vienes? (*Retrocediendo espantada.*)

AMPARO. ¡A buscarte!... Tú me has buscado muchas veces: ahora te busco yo.

LEOCADIA. ¡Angeles!

AMPARO. ¡No grites!... ¡No vendrán... los engañé!... corrí por toda la casa y ellos detrás... y fuí cerrando las puertas... todo el mundo queda encerrado..., ¡qué placer tan grande... encerrar a todo el mundo... a todos!... ¡ras!... ¡ras!... ¡ras!... (*Fingiendo que echa llaves y cerrojos.*) ¡Ah!... ¡ah!... (*Dando carcajadas.*)

LEOCADIA. (*Aterrada.*) ¡Amparo... déjame salir!...

AMPARO. ¡No... eso no... calla!... ¡para que no nos vean hay que apagar las luces!... verás... a obscuras las dos... así... así... (*Apaga todas las luces eléctricas tocando las llaves; sólo queda el resplandor de la luna que entra por los cristales del fondo.*) ¡Todo negro!... ¡Y tú y yo!

LEOCADIA. ¡No... Amparo... no!... (*Huyendo.*)

AMPARO. ¡No huyas... es inútil... yo también quise huir y tú me alcanzaste! (*Corre tras ella y la coge.*) ¡Tú eres la duda! ¡Quiero matarte... o que me mates tú!...

LEOCADIA. ¡Amparo! ¡Angeles! (*Amparo la va empujando hacia el sofá.*)

ANGELES. (*Desde dentro.*) ¡Amparo!

AMPARO. ¡No gritarás, que yo verteré toda mi sangre, para echártela de golpe y que se te encharque en la garganta y te ahogue! (*Sigue empujándola para hacerla caer.*)

RICARDO. (*Desde dentro.*) ¡Amparo!

LEOCADIA. ¡Hija mía!

AMPARO. ¡No gritarás, que crisparé mis dedos en tu garganta!... Así... así... así... (*Angeles y Ricardo aparecen tras el cristal, gritando: «Amparo» «hija», y empujando la puerta.*)

LEOCADIA. ¡Ah! ¡Je... sús... so... co... rro!... ¡Ah!...

AMPARO. ¡Ya no se mueve!... ¡Ya no me atormenta!... ¡Qué pronto se dió por vencida! (*En pie junto al cuerpo de Leocadia que ha rodado al suelo.*)

ESCENA XIV

ANGELES, AMPARO y RICARDO, que abren a la fuerza la puerta de cristales, que es débil, y entrando de pronto

ANGELES. ¡Amparo!... ¿dónde estás? (*Deteniéndose porque todo está obscuro.*)

RICARDO. ¡Amparo! ¡Responde!

ANGELES. ¿Dónde estás?

AMPARO. Aquí... madre... aquí... ¡maté la duda!... mira, ¡no era más que eso... un andrajo de sombra!

RICARDO. ¿Qué has hecho?

ANGELES. ¡Hija mía!

AMPARO. ¡Ella quiso matar mi fe en ti! (*Por su madre.*) ¡mi amor por ti!... (*A Ricardo.*) ¡y yo la maté a ella!... ¡la maté!... ¡la maté!...

TELÓN

OBRAS DE D. JOSÉ ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.

O locura o santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.

El gran galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.

Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso

Un milagro en Egipto, estudio trágico, en tres actos y en verso.

Piensa mal... ¿y acertarás?, casi proverbio, en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso,

Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.

El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.

De mala raza, drama en tres actos y en prosa.

Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.

El conde Lotario, drama en un acto y en verso.

La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.

El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.

Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.

Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.

Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.

Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.

El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.

Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.

Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.

Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.

El hijo de don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.

Sic vos non vobis o la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.

María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico, en un cuadro y en prosa.

Semíramis o la hija del aire (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original, en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original, en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original, en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original, en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original, en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original, en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endimión, ídem.

El canto de la sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar o escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguienza.

